

MARQUES, André Evangelista: **Da representação documental a materialidade do espaço. Território da diocese de Braga (séculos IX-XI)**, Oporto: CITCEM-Faculdade de Letras da Universidade do Porto-Edições Afrontamento, 2014, 448 págs., ISBN: 978-972-36-1389-6.

El espacio como objeto de estudio es un tema con una larga tradición en la historiografía sobre la Alta Edad Media. En el caso de la península ibérica, el impulso que supuso la investigación y reflexión sobre la «organización social del espacio» por parte del profesor García de Cortázar y de sus discípulos situó al espacio en el centro de las preocupaciones de los especialistas. Esta escuela generó una serie de trabajos que tomaban como punto de partida el análisis de las fuentes escritas con una metodología innovadora. En los últimos años, se ha sumado una aportación arqueológica en pleno crecimiento y se ha profundizado en otros conceptos, como los de territorio y paisaje, de manera que la influencia de la «organización social del espacio» se ha desdibujado, aunque todos los que nos dedicamos a este campo de estudio reconocemos nuestra deuda, más o menos directa, con la renovación que supuso en los años 80 y 90 del siglo pasado. En este contexto, debe entenderse la obra de André Marques, fruto de una excelente tesis doctoral presentada en la Universidad de Oporto. Debería añadirse que esta tesis se enmarca más en las líneas de trabajo de la historiografía española que en la portuguesa, donde, con algunas excep-

ciones como la de Luis Carlos Amaral —codirector de la tesis junto con García de Cortázar—, estos temas han sido poco tratados. Se puede decir que estamos ante una tesis portuguesa muy «española». No obstante, André Marques hace gala también de un gran conocimiento de la bibliografía francesa, italiana e inglesa sobre estos temas, por lo que su trabajo está perfectamente inserto en la historiografía más actual, con una vocación de superar el marco elegido de estudio.

Los objetivos de esta investigación se centran precisamente en el problema del espacio como objeto de estudio, siguiendo de cerca las propuestas sobre la «organización social del espacio». Por un lado, se trata de presentar una propuesta metodológica para el estudio de la morfología de las diversas unidades espaciales que se citan en la documentación escrita altomedieval. Por otro lado, se desarrolla una reflexión aplicada sobre las posibilidades de las fuentes escritas para el conocimiento de la materialidad del espacio (p. 5). El autor realiza una reflexión que gira sobre el papel del espacio como condicionante y agente de la práctica social. A partir de un estudio crítico sobre la bibliografía española desde los años

'80 del siglo pasado, André Marques matiza la visión de quienes han planteado una relación excesivamente mecanicista entre la morfología del paisaje y la existencia de una estructura social de poder que habría moldeado casi a su antojo esa morfología. Una idea de la que yo mismo he participado y que, con el paso del tiempo, se antoja excesivamente simplista, dado que hay numerosos agentes sociales que actúan en y sobre el espacio, pero sobre todo porque el espacio funciona como un elemento activo de la agencia social en el que convergen intereses muy distintos. El espacio tiene una dimensión activa y no es solo un depósito de las acciones sociales «externas», un mero escenario de otros procesos. La propuesta teórica de André Marques se vincula estrechamente a una noción fenomenológica, pero la supera al subrayar el carácter performativo de los aspectos materiales, sin caer por ello en un burdo condicionamiento geográfico.

La investigación se ha centrado en el territorio de la diócesis de Braga entre los siglos IX al XI, un área que no existía como tal en buena parte del periodo analizado, pues no fue hasta 1070 cuando se restauró la antigua diócesis. En cualquier caso, André Marques es consciente de este aspecto y llama la atención sobre el papel central de las tierras entre los ríos Ave y Lima, tal y como queda reflejada en la documentación conservada. Por otro lado, el trabajo tiene como base empírica principal el registro escrito. En tal sentido, su estudio acerca de la formación de los principales corpus documentales, en especial el *Liber Fidei* de la sede de Braga y el *Livro de Muma-dona* del monasterio de Guimarães es de enorme interés. El *Livro de Muma-dona* recogería la memoria patrimonial

de un monasterio fundado y vinculado estrechamente con la familia condal portugalense, por lo que la pérdida de influencia política de esta conllevó que la documentación de la segunda mitad del siglo XI disminuyese considerablemente. En cambio, el *Liber Fidei* muestra a una institución en pleno crecimiento patrimonial hasta la redacción del texto a comienzos del siglo XIII. Pero las reflexiones de André Marques no se refieren exclusivamente al material que forma la materia empírica, sino que se adentra en consideraciones sobre la propia capacidad de las fuentes escritas para ser utilizadas en un trabajo de estas características. Es verdad que las fuentes escritas nos ofrecen una representación social del espacio, pero también se apoyan en una materialidad que no pretenden inventar o sustituir. Tienen, por tanto, una capacidad —por supuesto con una serie de limitaciones— para acercarnos a la materialidad del propio espacio.

La perspectiva adoptada por el autor le lleva a preguntarse por la relación con otro tipo de fuentes, sobre todo con la arqueología. Aquí el autor se hace eco de la idea de Francovich sobre la necesidad de crear un registro arqueológico de calidad que permitiera una reflexión autónoma por parte de los arqueólogos, y la confronta con la opinión expresada por Helena Kirchner, pero también por otros muchos, de que el arqueólogo no debe prescindir del registro escrito. André Marques se alinea con esta última posición, que yo también comparto, aunque en su libro la arqueología solo está presente en esta reflexión y poco más. De hecho, defiende que la espesura social de los documentos escritos resulta esencial para la percepción del espacio y en la construcción social de ese espacio. Me

parece que esta cuestión es central para entender el uso de las fuentes escritas que hace el autor. Sin embargo, y aceptando esa idea, no puede obviarse la centralidad del registro arqueológico en el análisis de la materialidad, pues precisamente ese es su campo de estudio. Por supuesto, la mirada de André Marques sobre los textos es muy profunda, y toma en consideración, como ya se ha señalado, la génesis y transmisión de los mismos, la estructura de los documentos y la terminología, tres filtros que condicionan cualquier acercamiento a la materialidad del espacio desde las fuentes escritas. Al mismo tiempo, se enfrenta con los problemas de la toponimia como fuente, señalando su carácter esencial en la configuración de una percepción (y de una creación) del paisaje. A pesar de todo, el carácter prácticamente marginal de la arqueología en su estudio limita las posibilidades del trabajo de André Marques, aunque el autor justifique suficientemente la capacidad heurística de la documentación escrita.

A partir de esos presupuestos, el autor procede a llevar a cabo una operación que él denomina como la formación de una prosopografía del espacio. Para ello, identifica un total de 184 términos que describirían unidades espaciales, y que se han recogido mediante la construcción de una base de datos con más de 3000 unidades recogidas. Estas unidades espaciales se dividen en: unidades de articulación social del espacio, unidades de organización social del espacio, unidades eclesiásticas, unidades de paisaje y formas de propiedad, cada una de las cuales tiene sus propias subdivisiones. En cada una de las entradas se recopilan las menciones, las definiciones que se han podido encontrar tras la consulta de varios léxicos sobre latín

medieval y una breve reflexión. Este apartado constituye el segundo de los objetivos marcados por el autor. En él, se nos ofrece un volcado exhaustivo de la información que resulta de gran utilidad para el estudioso. Se trata de un estudio minucioso y detallado, en el que se recopilan todas las unidades existentes y se hace un repaso de todas las fuentes disponibles, con una terminología que recuerda directamente a los influyentes estudios de García de Cortázar.

Sin embargo, este mismo apartado muestra algunas debilidades del estudio de André Marques. Así, hay una mezcla de unidades muy diferentes: desde el término *civitas*, donde el análisis es muy certero, hasta otros como *nesperarias* o *nugarias*, donde lo que se puede decir es muy escaso y apenas aporta nada a la consulta de cualquier léxico. Dado el carácter profundamente metodológico de la propuesta de André Marques, se ve obligado a recoger todas esas unidades, que son muy dispares y cuya relevancia para el estudio es igualmente diversa. El resultado es una excesiva relación de términos que no implican mayor dificultad de identificación y sobre los que la metodología propuesta tampoco aporta nada nuevo, mientras que en otros la riqueza del análisis es mucho mayor. Es lógico pensar que una estrategia de este tipo deba emplearse en la redacción de la tesis doctoral, pero quizá hubiera sido más adecuado seleccionar aspectos concretos en los que la propuesta metodológica muestra su capacidad. Como consecuencia de esta articulación, apenas se puede llegar a conclusiones: es en cada una de esas unidades o términos donde podemos encontrar tales conclusiones parciales sobre su uso. No es posible construir un discurso

so teórico que armonice todos los contenidos, porque cada término se cierra en sí mismo y no permite abordar una imagen completa.

En buena medida, esta situación proviene del hecho de que los objetivos sean sobre todo de alcance metodológico. En ese punto, hay que señalar que se cumplen adecuadamente esos retos y que el trabajo muestra las posibilidades que ofrecen las fuentes escritas. Pero la metodología es una herramienta, no un fin en sí misma. En un volumen de estas características, dedicar 35 páginas a explicar cómo se ha hecho una base de datos resulta, a mi juicio, excesivo e incluso innecesario. La reflexión sobre el papel de las fuentes es muy incisiva y muestra con inteligencia cómo pueden utilizarse. Sin embargo, cuando llega la hora de enfrentarse a los datos empíricos, resulta muy difícil obtener interpretaciones globales. En realidad, el protagonismo recae, como ya se ha advertido, en las unidades concretas y

aquí la relevancia de cada una de ellas me parece muy dispar.

Esta crítica quizá tenga menos que ver con el autor que con una forma de hacer estudios sobre el espacio. La necesidad imperiosa de crear vías metodológicas hace olvidar en ocasiones que debemos ofrecer interpretaciones, por débiles que sean. Ahora bien, eso no impide decir que hay muchos y muy buenos resultados parciales (por ejemplo su discusión sobre el término villa o sobre el *mandamentum*) y que André Marques posee un conocimiento muy riguroso y extenso de la bibliografía y de las fuentes. Su capacidad de reflexión y de lectura crítica de la bibliografía es notoria y constituye un elemento esencial de su trabajo. Un estudio del que estoy convencido de que muchos —entre ellos yo— apreciarán su utilidad para comprender la terminología sobre el espacio, más allá del caso de Braga y su territorio.

---

Iñaki Martín Viso

Universidad de Salamanca

viso@usal.es

IGLESIAS RODRÍGUEZ, Juan José y LEDESMA GÁMEZ, Francisco: **La toga y el pergamino. Universidad, conflicto y poderes en la Osuna moderna**, Sevilla: Diputación de Sevilla, 2014, 293 págs., ISBN: 978-84-7798-363-7.

Bajo el título de *La toga y el pergamino. Universidad, conflicto y poderes en la Osuna moderna*, los autores nos presentan el detallado análisis de un conflicto universitario desatado en el Colegio-Universidad de Osuna, con su punto álgido en los años 1745 y 1746, marcado por una denuncia contra su rector por la falsificación y venta de

tres títulos de doctor en Cánones y un título de doctor en Teología, y la consiguiente manipulación de los libros de asientos de grados. La denuncia se sustentaba en la declaración inculpatoria realizada por el hasta entonces fámulo del rector, quien había sido conocedor del asunto, y fue interpuesta por su tía. Se iniciaba así un pleito que se

vio abocado a otro mayor al producirse en él la concurrencia de distintas jurisdicciones, desde la privativa del fuero académico universitario, hasta la del rey, pasando por la municipal, la señorial del Duque de Osuna, la eclesiástica del Arzobispado de Sevilla, e incluso la inquisitorial.

Los pleitos universitarios han sido trabajados para otras universidades, sobre todo las mayores. Por ejemplo, en Alcalá de Henares, su «todopoderoso» rector llegó incluso a intervenir, en el siglo XVII, en temas de «divorcio», como recientemente ha publicado Ignacio Ruiz Rodríguez a propósito del rector Álvaro de Ayala y sus actuaciones en el caso de una mujer, Francisca de Pedraza, maltratada por su marido sin recibir el auxilio de la justicia ordinaria. Y en concreto, de las falsificaciones de títulos se ha ocupado Ramón González Navarro. Y el «mercadeo» de grados académicos, para una época posterior a la de los sucesos de Osuna, la década de 1770, fue tratado por Ramón Aznar García a propósito de las dos Academias de Jurisprudencia. Un asunto presente también en una universidad menor como el Colegio de San Antonio Portaceli de Sigüenza, sobre el que hemos escrito junto al profesor Pedro Alonso Marañón, también en relación con la figura del rector y la aplicación de penas; o en el Colegio de San Fulgencio de Quito en tierras americanas, apuntado por Emiliano Gil Blanco. Desde otra perspectiva, a la hora de contrastar los datos biográficos, siempre podemos encontrarnos con la sorpresa de la inclusión de un determinado título en el propio *currículum*, haciendo alarde de ostentación a partir del engaño y la falsedad. Incluso por un hombre de la talla del ministro José de Gálvez, quien en los inicios de

su carrera como abogado de los reales consejos, decía haber cursado estudios superiores en 1739 en la Universidad de Salamanca, en la que nunca estuvo matriculado ni por supuesto obtuvo grado alguno, como ha demostrado recientemente Manuel Hernández González en la completa investigación que sobre él ha realizado.

Este libro de Juan José Iglesias Rodríguez y Francisco Ledesma Gámez sobre el Colegio-Universidad de Osuna, estudiado en los años setenta del siglo pasado por María Soledad Rubio Sánchez, viene a ampliar el panorama de monografías sobre los numerosos colegios menores existentes en la universidad española y americana.

El libro arranca con una breve pero densa introducción, en la que los autores sientan las bases de lo tratado en los once capítulos que siguen, y nos adelantan las claves para comprender las distintas realidades sociales evidenciadas desde el detonante del conflicto suscitado por la falsificación y venta de títulos de doctor, hasta la fallida resolución del pleito. Sus autores, con una gran sencillez y claridad expositiva, a pesar de la complejidad que alcanza el conflicto, reconstruyen los hechos ocurridos durante varios años y nos presentan a todos los actores y comparsas que intervinieron en ellos. A partir de una abundante documentación de archivo, y profundizando en el conflicto merced a dos importantes *porcones* o libelos, les saben sacar el máximo partido, más allá del interés tipológico que como tales libelos puedan tener para líneas de investigación como la que mantiene abierta, desde hace más de veinte años, Antonio Castillo Gómez, en la Universidad de Alcalá, en su Seminario Interdisciplinar de Estudios sobre Cultura Escrita (SIECE).

Muy pronto, los principales artífices de la trama quedan significados.

El colegial, catedrático y vicerrector Victorino Bellido Fernández de Córdoba, quien, asumiendo la jurisdicción privativa universitaria, remite al Consejo de Castilla una primera representación acusatoria, con todas las diligencias practicadas, incluyendo la declaración, con todo lujo de detalles, del joven testigo de los hechos denunciados, Pablo Villate. Para ello había contado con Cristóbal Ubaldo Fernández de Córdoba, su tío, también catedrático, actuando como notario apostólico.

Y el rector denunciado por falsificación, Pedro Carrillo Gutiérrez, quien, en cuanto tuvo conocimiento de la acusación, comenzó a dar una contundente respuesta a sus acusadores. Procesando de oficio a Pablo Villate por diversos hurtos en el cuarto rectoral; practicando diligencias de prisión y embargo contra Victorino Bellido y también para su hermano Plácido Bellido, quienes se habían trasladado a Écija; e intentando apresar a su tío, Cristóbal Ubaldo, quien fue expulsado del colegio y despojado de los bienes y rentas que le correspondían.

La gravedad de las actuaciones del rector sólo podía conducir a un aumento de la tensión, agravada por una segunda representación de Victorino Bellido al Consejo, con nuevas acusaciones, porque *«exceder los límites de la jurisdicción era proceder con temeridad»*, y cuando *«ni el papa ni el rey, siendo tan supremos, dejaban de observar los límites de su potestad, para no usurpar las otras jurisdicciones»*. En el proceso se verían envueltas cada vez más personas y grupos de la sociedad de Osuna. La segunda consulta determinó la intervención del Consejo, nombrando a Ignacio Antonio de Hor-

casitas, alcalde del crimen de la Audiencia de Sevilla, —formado en la Academia de San José de la Universidad de Alcalá de Henares y colegial en el Colegio Mayor del Arzobispo de la Universidad de Salamanca—, como juez pesquisador extraordinario en la instrucción del proceso.

El nombramiento llevó al rector a abandonar la universidad para refugiarse en un convento y no ser apresado. El pesquisador asumió la jurisdicción en funciones de corregidor de la villa; y el rectorado fue ocupado, en interin, por Pedro Toledo Villegas, tras la intervención de la patrona del colegio-universidad, la Duquesa de Osuna.

La minuciosidad de la pesquisa y de los informes, los impresos, y toda la documentación original manejada, han posibilitado un microanálisis, más que microhistoria, —así lo reconocen sus autores en el epílogo que cierra el libro—, imprescindible para desentrañar el «escándalo» iniciado con ese cruce de denuncias, acusaciones mutuas y actuaciones de los dos catedráticos y del rector. El pleito inicial por falsificación de títulos en el agotado Colegio-Universidad de Osuna, había desbordado el ámbito universitario, y más allá de la guerra judicial, de la lucha de partidos, de la avaricia de unos o las corruptelas de otros, estarán también la estimación personal y la batalla por la opinión pública. En este punto entran en juego los dos importantes impresos publicados en 1746, unos «libelos infamatorios» que ocupan un destacado lugar en la construcción del libro, porque son el reflejo de las situaciones vividas a lo largo del conflicto, justo en el momento en el que la instrucción de la causa estaba llegando a su fin.

Dos escritos de defensa incorporados a los autos de la causa, redactados

y presentados desde las partes en litigio; el «Informe jurídico» encargado por el rector acusado de falsificación; y la «Apología Ethica Theologo-Juridica» de los dos catedráticos acusadores, contra los que había tomado drásticas medidas el primero. Todos ellos personas conocedoras de los entresijos de la institución universitaria y de su fuero académico privativo. Unos textos que se inscriben en la tradición de mandar imprimir los *porcones* o *allegationes iuris*, la literatura jurídica de las alegaciones en derecho, de la que se han ocupado J.L. Pérez de Castro, L. García Cubero y A. Marchamalo Sánchez, entre otros. Nosotros, en un estudio recién terminado sobre el Colegio de Santa Catalina Mártir o de los Verdes de la Universidad de Alcalá de Henares, también hemos podido analizar un pleito universitario de finales del siglo XVIII, entre su rector en representación de todo el colegio, y la patrona del mismo, la Condesa de Baños, por los derechos de presentación de las becas. Y contar para ello con un *porción* impreso, titulado *Memorial ajustado...* (Alcalá de Henares, 1789), que tuvo continuación en una *Adición al Memorial ajustado...*, de Lorenzo Guardiola y Saez (Alcalá de Henares, 1790), con la respuesta de los tres fiscales que intervinieron en el pleito.

La «Apología», el largo texto escrito por Ubaldo y Bellido como «defensorio» por los abusos y represalias cometidos contra ellos por el rector, apareció en febrero de 1746. Y, cinco meses después lo hizo un «Informe jurídico» suscrito por Pedro Rabelo Gordillo, canónigo regular de Osuna y doctor en Sagrados Cánones por su universidad, rebatiendo como calumnias todas las razones y argumentos esgrimidos contra Carrillo. Ambos

impresos, en tirada corta, pretendían crear jurisprudencia a favor, y son buenos ejemplos de los denominados *porcones* o *allegationes iuris*, redactados por los abogados para convencer a los jueces de que el derecho está de su parte, y a la vez impugnar el derecho del contrario; nombre que deriva de ir encabezados por la fórmula «Por» (nombre del demandante o demandantes), «con» (nombre del demandado o demandados), y también el «sobre» (motivo del pleito entre ambas partes). Documentos de esta naturaleza, son los que nos muestran, desde un punto de vista estrictamente jurídico, las distintas etapas procesales en las apelaciones al Consejo, al rey en última instancia, pero también su interés histórico-educativo e institucional.

El pleito que aborda el libro se ve enriquecido con el contenido de los dos *porcones*, una fuente de gran valor testimonial, sobre todo por lo que tienen de contemporaneidad al problema que reflejan, permitiendo conocer abundantes detalles de todo el entramado que lo rodea. En ellos se plantean los argumentos judiciales y extrajudiciales sostenidos por las partes; también se pueden ver las armas legales empleadas por los ministros ilustrados a través del Consejo; y el modo de proceder del pesquisador Horcasistas para desarticular, desde las propias instituciones, la estructura de intereses, influencias y redes sociales, que habían levantado a lo largo de los años los colegiales. Algo que ocurría en el Colegio-Universidad de Osuna, al igual que en otras universidades y colegios, mayores y menores, controlando importantes cargos y oficios al servicio de la Corona y de la Iglesia.

El conflicto, con todas las jurisdicciones en liza, había generado un tenso ambiente de enfrentamiento en la vida

universitaria y en la de toda la villa de Osuna, —crisis frumentaria y tumulto incluidos—. Todos los implicados reclamaban reparaciones, sin llegarse a probar en ningún momento el inicial delito de falsificación. Esa fue la sentencia presente en los autos del pesquisidor, remitida al Consejo tras su vuelta a Sevilla, junto a un informe detallado de su actuación en el que insistía en los gastos y deudas que había tenido. El fiscal del Consejo apreció igualmente que la falsificación no había quedado probada, y que los acusadores habían fomentado la denuncia porque eran sus «*enemigos declarados*». El Consejo ratificó los autos de Horcasitas en 1751, si bien los enfrentamientos entre Carrillo, —ahora canónigo en Baza—, Bellido, —restituido en su cátedra—, y Ubaldo, continuaron, porque hundían sus raíces en viejos rencores por la dotación de las becas y el acceso al rectorado, en definitiva, en conflictos de poder colegial.

En el fondo del asunto, siempre, la provisión de becas en los colegios, porque junto al rector y colegiales, manifestaban su influencia las distintas facciones, amparadas por los distintos poderes eclesiásticos y seculares. Desde la casa ducal de Osuna, presente en el patronato del colegio-universidad, el gobernador, el corregidor, el arzobispo de Sevilla o el nuncio apostólico, todos ellos movilizados para salvaguardar sus propios intereses, y mantener el control no sólo del colegio-universidad, sino de toda la vida política y social a través de sus redes clientelares. Elementos con los que se completa una abigarrada panorámica en la que se conjugan la rivalidad académica, las acusaciones mutuas, las falsedades de unos y otros, las argucias legales, la intervención de los distintos poderes.

Destaca el último capítulo del libro, una veintena de páginas de gran densidad argumental, —«ruidosas competencias»—, en el que los autores resuelven buena parte de los interrogantes planteados en las doscientas cincuenta páginas precedentes, situando en sus justos términos el tema inicial del conflicto; las posiciones, estrategias y confluencias de los distintos partidos y facciones; y, en definitiva, la trascendencia que tuvieron los hechos vividos en esos años, tanto en el Colegio-Universidad como en la villa ducal de Osuna.

El epílogo que cierra el libro reseña un revelador informe, fechado en 1750, cuando la pesquisa de Horcasitas «*aún está sin determinar*», en el que se alude a los grandes males que acuciaban al Colegio-universidad de Osuna, muchos años antes de su cierre definitivo en 1824. Males que se pueden extrapolar a otras universidades, también la de Alcalá de Henares y sus colegios menores, situación reflejada en algún entremés burlesco de los representados en los corrales de comedias de la corte:

«(...) Los ruidosos asuntos de reñir judicial y extrajudicialmente los colegiales para desalojarse los unos a los otros y quedar solos para aprovecharse de las rentas (...) como si fueran patrimonio propio, y no destinadas para mantener la Casa y los individuos que en ella habitasen; (...) en varias ocasiones había sólo un colegial, y si entraba otro era con tales pactos para la renta que había de percibir, y se reñía por quien se había de comer la renta (...); que hubo ocasión de no residir ni uno siquiera, quedando en la realidad hecho un páramo (...).»

Lo descrito con crudeza en el informe, también lo completa una pluma

brillante y crítica, la de Diego de Torres Villarroel, catedrático de la Universidad de Salamanca, quien, en sus «*Sueños Morales*», calificaba de «simonía civil» el hecho de comprar la borla y así conseguir un grado académico en universidades menores, como las de Sigüenza, Osuna o Irache, las tres que cita literalmente.

Y hasta un dicho que todavía se oía entre los estudiantes universitarios a comienzos del siglo XIX: «*En Osuna y Orihuela, todo cuela*».

El libro se cierra con una muy correcta valoración del alcance de los hechos, de las actuaciones de todos los implicados, de las decisiones tomadas, de las sanciones impuestas y de las sentencias notificadas. Todo lo cual pone de manifiesto el funcionamiento de la sociedad de la época en su conjunto.

Sólo se echa en falta un espacio dedicado a fuentes y bibliografía, que seguramente no se ha incluido por las exigencias de la edición de las casi trescientas páginas y más de quinientas notas a pie de página, ya que el libro procede del trabajo original que obtuvo, en 2013, el premio de la sección de Historia del concurso de monografías *Archivo Hispalense*, publicado por la Diputación de Sevilla en 2014. Pero también, como profesional de la educación, resulta grato ver que los autores

aluden al trabajo «colaborativo» realizado, tanto en lo referente a búsqueda, análisis y estructuración de contenidos, la discusión de ideas y la redacción final del libro.

Los autores, a la luz de diversos documentos, las representaciones o consultas, y los dos *porcones*, han buscado nuevas respuestas a temas siempre recurrentes en los estudios de historia de las universidades, realizados desde distintos ámbitos de la historia moderna, la historia del derecho o la historia de la educación, para concluir que «tanto estruendo había quedado al fin en nada», (pág. 159), «al fin nada» (pág. 286). El Colegio-universidad como la vida de la villa ducal siguieron inmersos en la misma dialéctica de tensión y conflicto, los poderosos se mantuvieron a resguardo, los protagonistas salieron bien librados y sólo los peones sufrieron las consecuencias. Como siempre. Pero ahora, una vez iniciado por los nuevos ministros ilustrados el proceso de reforma de universidades y colegios, un pleito como el vivido en Osuna acabaría siendo un verdadero «golpe de muerte» (pág. 289) para su Colegio-universidad, fraguado desde diversas instancias, universitarias y no universitarias, con la concurrencia y participación de todas las jurisdicciones implicadas.

---

Manuel Casado Arboniés

Universidad de Alcalá  
manuel.casado@uah.es

FUENTES, Juan Francisco y GARÍ, Pilar: **Amazonas de la libertad. Mujeres liberales contra Fernando VII**, Madrid, Marcial Pons, 2014, 426 págs., ISBN: 978-84-15963-05-9.

«¿Por qué habiendo los hombres establecido academias científicas, [...], únicamente nombran los de su sexo y nada hablan del nuestro? ¿Qué significa este misterioso silencio, si no una evidente restricción anti-liberal? ¿Qué perjuicios o ventajas podría acarrear a la Nación el que disfrutásemos nosotras de la pública ilustración?». Este alegato, publicado en el *Diario de Barcelona* el 17 de junio de 1820, no obtuvo respuesta alguna. Fueron «preguntas sin respuesta» (Joan-Lluís Marfany, «Preguntes sense resposta», *L'Avenç*, 340, 2008, p. 13). Sin embargo, desde que Marfany transcribió el documento, la historiografía española ha avanzado con solidez suficiente para que aquel silencio misterioso que denunciaba la también misteriosa dama barcelonesa sea menos inescrutable. Con ocasión del Bicentenario de la Guerra de la Independencia, una de las líneas de investigación más fructíferas ha sido precisamente la de la historia de las mujeres y su participación en el espacio público y político que se abrió en España a partir de 1808. En esta estela del análisis histórico, se debe integrar la obra de Juan Francisco Fuentes y Pilar Garí.

Se trata de un libro relevante por varios motivos. En primer lugar, por el tema de estudio: la participación femenina en la revolución liberal entre 1808 y 1834, aunque el núcleo sustancial del trabajo se centra en el periodo 1820-1833, mucho menos visitado por la historiografía. Sus protagonistas son las mujeres liberales, aquellas que por decisión propia o impulsadas por su

entorno familiar vivieron en primera persona las experiencias de la implantación del régimen constitucional en 1820, las luchas entre las distintas facciones liberales, la derrota de la causa en 1823, la represión absolutista y la arbitrariedad de la justicia fernandina, las sombras del exilio y del destierro y las esperanzas del regreso a la patria, pronto sometida a otra guerra todavía más incivil. En sus páginas, el lector se asoma a unas vidas regidas, en gran medida, por los acontecimientos políticos y sociales. Porque el libro es también expresión de la pujanza que en la última década ha adquirido el enfoque biográfico. Los autores han optado por una perspectiva metodológica que atiende a lo individual, a las trayectorias biográficas de aquellas mujeres liberales. Algunas son conocidas, desde la marquesa de Astorga —a quien se debe la traducción de la obra de Mably *Derechos y deberes del ciudadano*— o María del Carmen Silva —destacada periodista en el Cádiz de las Cortes— hasta Mariana Pineda o Juana de Vega —implicada en las conspiraciones organizadas por su marido, Francisco Espoz y Mina—, pasando por Emilia de Duguermeur —viuda del general Luis Lacy y activa liberal en la Barcelona de 1820—. La historiografía española sabe ya de estas damas, gracias a los análisis que sobre ellas se han hecho en los últimos años. Los autores, buenos conocedores de esta producción, no se limitan sin embargo a estas «grandes mujeres». El grueso de la obra descubre a los lectores muchas otras mujeres hasta ahora ignoradas.

Esta es otra razón más de la importancia de este trabajo.

Tan anónima sigue siendo quien firmó con la letra N el alegato de 1820 como eran desconocidas hasta hoy las cientos de mujeres que recorren las páginas del libro de Fuentes y Garí. Eran, en el mejor de los casos, un registro en algún documento conservado en archivos españoles y extranjeros. Los autores han dado vida a esos nombres ignorados. La minuciosa investigación llevada a cabo en España, Francia e Inglaterra les ha permitido reunir datos sobre 1.454 mujeres liberales, la mitad de ellas exiliadas de la Década Ominosa (1823-1833). Algunas fueron excepcionales, como María del Carmen Sardi, a cuya azarosa vida se le dedica un capítulo. Nacida en Almería hacia 1794, intervino activamente en la lucha contra los sublevados absolutistas en julio de 1822 en Madrid, hasta el punto de merecer una recompensa de las Cortes. Además, protagonizó la petición de nombramiento de una regencia que asumiera las funciones del monarca durante los oscuros sucesos de 19 y 20 de febrero de 1823. Este comportamiento, tan impropio de una dama, dadas las relaciones de género imperantes en la época, la condujo poco después al exilio, del que no regresaría hasta 1834.

Sardi es un caso excepcional, y no solo por su reiterada participación política en las filas del liberalismo exaltado, también por el rastro documental que dejó tras de sí y que los autores han podido iluminar, casi como si se tratara de una investigación policíaca. La mayoría son mujeres que en algún momento se cruzaron con las ansias represoras de Fernando VII y de su maquinaria judicial o bien solicitaron las ayudas que los gobiernos inglés y

francés establecieron para el mundo del exilio. Todas, desde las que disponían de un título de nobleza hasta las viudas de simples soldados, tuvieron que reelaborar en distintos momentos y por diferentes causas el hecho de ser «mujeres liberales».

*Amazonas de la libertad* es algo más de lo que señala Juan Francisco Fuentes en el Prólogo. Es algo más que dar respuesta a la pregunta de «quiénes eran las mujeres liberales en la España de Fernando VII y dónde se encontraban» (p. 17). Ciertamente se da cumplida respuesta a este interrogante. Es una investigación sólida, muy bien documentada y mejor escrita, que enlaza de modo ejemplar el objeto de estudio, los retazos de vidas femeninas, con los fundamentos políticos y sociales de la España del primer tercio del siglo XIX. Pero la obra es también una aproximación al estudio del liberalismo femenino y a la construcción de la identidad de las «mujeres liberales».

A este respecto, tres conclusiones merecen ser destacadas. En primer lugar, el liberalismo femenino, surgido de la herencia de una Ilustración femenina y de un entorno urbano, aristocrático o burgués, se expandió en 1820-1823, a través de distintos mecanismos de socialización —la familia, la prensa o las sociedades patrióticas—. También fue entonces cuando se desarrollaron tres visiones del papel de la mujer en la sociedad moderna: el «matriarcado constitucional», una concepción utilitarista de la mujer y una perspectiva mitológico-galante. Estos tres modos de entender el liberalismo no fueron excluyentes ni todos ellos predominantemente femeninos. A ello se sumaba un sentido acusadamente clasista, derivado del espacio doméstico propio de las damas liberales, en el que resulta más

nítida la existencia de categorías sociales estancas. El examen de los registros recogidos por la Superintendencia de Policía entre 1824 y 1826 permite a los autores ofrecer un primer análisis de la composición social y la base territorial del liberalismo femenino, ambas bien diferentes de las del liberalismo masculino.

En segundo lugar, el contraste entre las visiones que el liberalismo y el absolutismo tenían de la relación entre mujer y política. La concepción restrictiva de los liberales y su manera institucional de entender la política se distinguían, según los autores, de la actitud absolutista que, al menos por lo que se refiere al delito político y la culpabilidad de las mujeres, «resultaba más moderna y menos discriminatoria» (p. 131).

Por último, la experiencia de la participación femenina durante el Trienio liberal fue irreplicable. Factores distintos condujeron al fin de la implicación política de las mujeres a partir de 1834: la dureza de la vida en el exilio moderó muchas de las anteriores posturas políticas; la «feminización de la monarquía» favoreció la identificación, más sentimental que racional, de aquellas mujeres con una reina, viuda y madre como muchas de ellas; el propio sistema liberal apenas dejó resquicios para la actividad femenina, como tampoco les fue favorable el asociacionismo cívico, con su carácter más formal y estricto —el Ateneo de Madrid, fundado en 1835, tardó setenta años en aceptar a una mujer como socio—. En definitiva, «el paso del liberalismo de la actividad clandestina a las instituciones supuso el desplazamiento de las mujeres liberales al ámbito doméstico o, como mucho, a cierta sociabilidad ligada a la beneficencia o a la cultura» (p.394).

No hay duda de que la historia está hecha de paradojas, como el silencio público de tantas mujeres liberales a partir de 1834. Pero a veces estas paradojas pueden proceder del juego de las representaciones que las mismas fuentes documentales despliegan. El triunfo del liberalismo conllevó un cierre de la esfera pública (y no solo para las mujeres). Sin embargo, este cierre ni fue repentino ni fue absoluto. Es verdad que hubo que esperar a finales del siglo XIX para que una mujer ingresara en el Ateneo de Madrid. Pero también es verdad que los años 1834-1843 fueron una época de desarrollo de una prensa y de una sociabilidad femeninas que no tenían punto de comparación con las del primer liberalismo de la Constitución de 1812. Una atención mayor por parte de los autores a la historia de las mujeres y del género de los últimos años les habría permitido perfilar o matizar algunas de las conclusiones formuladas en los capítulos 10 y 11, como la modernidad del absolutismo o los nexos entre la feminización de la monarquía y la aspiración a un matriarcado constitucional. Claro que para atender a esa historiografía se requiere una mirada más amplia y comprensiva de la que manifiesta el autor del prólogo cuando afirma que «Este no es un libro de historia de género, sino de historia de las mujeres, que es algo bien distinto [...] la historia de género hoy en día al uso, caracterizada por una extraña aversión a las fuentes directas y una visión militante del pasado que a menudo actúa como un lastre para conseguir los fines que se propone. Sólo así se explica la enorme desproporción que existe entre la influencia que ha alcanzado la historia de género como poder fáctico de la historiografía actual y el valor más bien limitado de sus

aportaciones al conocimiento de la historia de las mujeres» (p. 17). No es este el lugar para discutir la supuesta diferenciación nítida entre ambos tipos de historia o los juicios de valor expresados. Sí para lamentar que esta visión restrictiva haya condicionado el análisis del género como un elemento constitutivo de las relaciones sociales y de poder que imaginaron los universos absolutista y liberal.

En este sentido, se echa en falta un examen más detenido del contraste entre la actitud más moderna del absolutismo y la postura liberal con respecto al papel político activo de las mujeres. ¿Hasta qué punto la monarquía absoluta entendía que las mujeres eran sujetos políticos individuales? Sobre todo si se tiene en cuenta, como bien exponen los autores, que el aparato judicial del absolutismo no solía distinguir entre la culpabilidad y la inocencia de los distintos miembros de una misma familia (p. 383). No se entienda con ello que sostengo como un *a priori* la modernidad de las representaciones de las mujeres de hechura liberal. Pero considero que habría sido conveniente investigar en profundidad este problema, más allá del discurso (interesado)

de los liberales exiliados. Igualmente, se tendría que haber desarrollado la influencia de la feminización de la monarquía en las demandas de un marriarcado constitucional en la España posfernandina. Si por tal se entiende la figura de la mujer educadora de futuros ciudadanos virtuosos y, por lo tanto, conocedora de los fundamentos básicos de la ley liberal (p. 64), parece difícil identificar esta aspiración tanto con la política de María Cristina en 1833-1834 como con el discurso público de sectores partidarios de la regente. En general, el empeño de atraer a las mujeres hacia el bando isabelino no se centraba —caso, por ejemplo, de *El Correo de las Damas*— en aquella vía de utilidad social y política, sino más bien en las cualidades sentimentales y maternas, es decir, dadas como naturales y no políticas, del sexo femenino.

En todo caso, y aunque resulta complejo definir las ideas políticas de mujeres que no siempre llegaron a formularlas explícitamente, *Amazonas de la libertad* constituye un estímulo historiográfico para continuar investigando, a través del sujeto femenino, la propia historia del liberalismo español.

---

—María Cruz Romeo Mateo

Universitat de València  
M.Cruz.Romeo@uv.es

DUFOUR, Gérard: **Juan Antonio Llorente. El factótum del rey intruso**, Zaragoza: Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2014, 291 págs., ISBN: 978-84-16028-53-5.

Manténia, hace más de cuarenta años, un gran hispanista francés que «el comercio de la historia tiene algo en

común con el comercio de detergentes: de buena gana se hace pasar la novedad por innovación. Y tiene algo diferente:

en la historia, las marcas están muy mal protegidas. Cualquiera puede considerarse historiador [...] Sin embargo, nada es más difícil y excepcional que ser historiador [...]». Pierre Vilar, el autor de esta frase, además de gran hispanista, fue un gran historiador. Se sabe. Pero no está de más recordarlo, dada la gran cantidad de «novedades» historiográficas que en las últimas décadas han pasado por susodichas «innovaciones». Como advertía Vilar. También lo sabemos. Al igual que algunos libros, a veces, resisten mal el paso del tiempo. En especial aquellos deudores de «modas» historiográficas, fruto de su *tempo* histórico, académico... pero también ideológico y político. Y queda, resiste muy bien el pasado del tiempo, la Historia, aquella realizada profesionalmente, sin vaivenes, sin péndulos historiográficos...

Esta vez, otro gran hispanista —y también gran historiador—, Gérard Dufour, nos dedica una obra de madurez intelectual e historiográfica. No se presenta como una *innovación* en el oficio de historiar, lo cual personalmente agradecemos. No le hace falta. Tampoco se trata de una *novedad*, más allá de su reciente aparición. Se trata de una «tormenta» historiográfica, por parafrasear uno de sus capítulos. Sus pretensiones son *simples*: historiar y contextualizar la vida y obra de uno de los grandes personajes del reinado de José I, pero contextualizado en uno de los periodos más complejos a la vez que cruciales de la historia de España que implica también a la Francia, la Europa y, también, la de la América hispana, lusa y anglosajona.

Decíamos, conscientemente, que Dufour asalta al personaje biografiado desde pretensiones «simples». Pura retórica. Historiarlo deviene conocer su tiempo,

su espacio, sus circunstancias, su sociedad. Además de tener en cuenta los factores sociales, ideológicos, políticos, personales e, incluso, el azar elevado a categoría histórica. No hace falta más para una construcción histórica. Ni menos. Y es mucho, como dice Vilar, alcanzar este rango de historiar no es fácil. Todo lo contrario. Y Dufour lo realiza con maestría, sanamente envidiable.

Ni «novedad» ni «innovación». Y sin embargo la tarea de Dufour es descomunal. Primeras páginas. El profesor Dufour acude a las fuentes documentales. Archivo Histórico Nacional. Consejos. Legajo 9395. Expediente 78. Nuestro historiador examina el «Inventario de bienes» de Juan Antonio Llorente que en 1808 era el canónigo y maestroescuela de la iglesia primacial de Toledo. Entre los diversos enseres de la extensa y pormenorizada lista de sus bienes, nuestro historiador repara, especialmente, en dos piezas que albergaba en su cuarto muy necesarias para cualquier urgencia nocturna de la vejiga: dos orinales. Y aquí es donde Dufour se desmarca de «innovaciones» historiográficas. En «otros» tiempos no tan lejanos, un pormenorizado examen de las lecturas del ilustrado canónigo hubiera sido uno de los focos principales de su biografía. No obstante, con todo interesante el tema, Dufour se detiene, y con ello el lector, en reparar en el diferente valor económico de los dos orinales registrados en la extensa lista de bienes del canónigo. Constatado documentalmente el dato histórico, Dufour interroga a la fuente: ¿por qué tenía Llorente, dos orinales de distinto valor en su cuarto? Y plantea hipótesis: ¿en su cuarto moraba nocturnamente alguien más? Nuestro biógrafo recurre a las fuentes secundarias, esta vez coetáneas, para confirmar, desde las pri-

marías, el rumor que corría por Madrid que el canónigo compartía su catre con la criada. Lejos del «chisme», el historiador, sin necesidad de ser novelista, captura al lector. No solo por su prosa, que no relato, bien cuidada y ágil, sino porque lo que historia no es fruto de la invención, ni del relato, ni de la crónica. Dufour hace Historia.

El oficio de historiador es uno de los más complejos de las ciencias humanas y sociales. Y sin embargo, la Historia siempre ha estado y está bajo «sospecha», especialmente de las «otras» ciencias, las «duras» e, incluso de las «sociales», por ser calificada de «poco» científica, de no poder reconstruir la «totalidad» de la realidad histórica. Crítica, a veces condena, estereotipada que caló entre sus profesionales provocándoles, en ocasiones, un *cierto* complejo de inferioridad, frente a otros «científicos». Sin embargo, los historiadores, los formados en el oficio, los desgastados en mil y una hora de archivos buscando la fuente, el dato, la constancia documental, una referencia, etc. son capaces de realizar una obra tan rigurosa y excepcional como esta. El que nos ocupa es uno de esos libros que tenía que ser de obligatorio, no solo su lectura sino también su análisis, en los primeros cursos de Historia de cualquier universidad.

Segundo ejemplo. Página 130. Nuestro historiador analiza rigurosamente un gran retrato de Juan Antonio Llorente pintado por Francisco de Goya. En esta ocasión Dufour interroga también a la fuente, esta vez visual. Las preguntas se desencadenan: ¿Quién la pinto? ¿cuándo? ¿cuánto costó?, ¿cómo iba vestido? ¿qué accesorios llevaba y cuáles no? etc... para después sacar conclusiones: «Primero, no había cedido a la moda que se había introducido entre los eclesiásticos de Madrid y de otros pueblos...Por

completo que fuera su afrancesamiento, no afectaba al decoro que debía su condición de dignidad de la santa iglesia primada de España.» concluye Dufour.

El segundo mérito de este libro, para nosotros, es que aborda uno de los periodos cruciales de la historia española, que lo es también de la francesa y de la europea. Incluso americana. Y lo hace con apasionamiento, a tan gran nivel que engancha al lector desde las primeras páginas. Ya lo hemos dicho. Paso a paso. Página a página. Detalle a detalle, pregunta tras pregunta, interpretación tras interpretación y, finalmente, en las conclusiones. Apasionado historiador y apasionada historia. Pero sin los excesos de las historias nacionales, sin el nacionalismo acostumbrado de estas y de sus autores. Lo cual le lleva a clarificar ambas historias, fundamentalmente a la española, mediatizada en los últimos años por un nacionalismo españolista difícil de sostener a estas alturas del siglo XXI. En especial, tras los réditos de algunos bicentenarios que han reproducido, en bastantes ocasiones, esquemas historiográficos muy tradicionales, conservadores y neocatólicos.

Los cuales, no obstante, Dufour se encarga de desmontar muy contundentemente. A saber y sintéticamente: el motín de Aranjuez fue un golpe de estado perpetrado por Fernando VII; uno de los factores que también explican la xenofobia antinapoleónica era el miedo popular a su severa conscripción en los territorios conquistados —atrás quedaría la justificación del ferviente catolicismo y religiosidad del «pueblo» español frente al demonio corso—; el mote de «Pepe Botella» se inventó tras una requisa de vino de este ya que José I era abstemio; los Decretos de Chamarín se explican en función del interés napoleónico en demostrar a la opi-

nión pública francesa y sus poderes económicos reticentes con mantener la guerra, que su finalidad estribaba en su efecto civilizador. Y, por último, si bien habría muchos ejemplos más, quien se encargó de contar, describir, sistematizar y, finalmente, gestionar las desamortizaciones de bienes regulares, fueron hombres claves del clero secular, como el caso de Juan Antonio Llorente. Cinco aspectos, importantes, que dan la vuelta a la versiones, clásicas y dominantes, de la interpretación de la guerra de «independencia» española.

Dufour se embarca en el desmenuzamiento del personaje en cuestión. No es una biografía tradicional. Le interesa el personaje en el contexto de la situación revolucionaria desde 1808 hasta 1814. Por ello el libro comienza y termina en esas fechas. Y de verdad que el subtítulo del libro: «el factótum» del rey intruso» es más que acertado.

Juan Antonio Llorente fue, como se encarga de demostrar Dufour, uno de los personajes más destacados de la administración española del Rey José I. La importancia y número de los cargos

que tuvo fue impresionante: Colector General del empréstito eclesiástico y de conventos suprimidos, vicesecretario general de Cruzada, Consejero de Estado, diputado en Bayona, etc... al tiempo que su nivel intelectual y el de sus escritos lo convierten en uno de los más importantes personajes de la España «afrancesada».

Queda para recordar, como lo hace Dufour, su «cruzada» contra la Inquisición recopilada en varias de sus obras, pero también en su activismo antiinquisitorial. Lo cual, en especial en este tema, le hizo «confluir» con las posiciones abolicionistas de varios diputados de las Cortes de Cádiz. Capítulo este especialmente interesante que rompe con la tradicional perspectiva historiográfica que traza una frontera impermeable entre ambas opciones políticas.

En resumen, nos repetimos, un libro que enseña Historia y a hacer historia. Y aunque suene a tópico, de obligada lectura. Es de agradecer no solo al autor, sino también a Publicaciones de la Universidad de Zaragoza que nos regalen este estudio.

---

*Manuel Chust*

Universitat Jaume I de Castellón  
chust@his.uji.est

SUÁREZ GONZÁLEZ, Fernando: **Melquíades Álvarez, el drama del reformismo español**, Madrid, Fundación Alfonso Martín Escudero y Marcial Pons Historia, 2014, 195 págs. ISBN: 978-84-15963-17-2.

En no pocas ocasiones el título secundario de un libro de historia esclarea al lector, con gran precisión, qué se ha propuesto el autor. En una biografía política como la que nos ocupa nos explica tanto las razones de la fascina-

ción del autor por el biografiado como la lectura del pasado reciente de España que sostiene el primero de ellos.

El autor, en este caso es Fernando Suárez González y el objeto de estudio la vida política de Melquíades Álvarez.

*El drama del reformismo español* alude, en suma, tanto a Álvarez como a Suárez y a cómo el segundo entiende que se han venido esterilizando los afanes reformadores de genuinos liberales; hombres alejados de los extremos, decididos en el empeño tanto como incomprensidos o faltos de apoyos genuinos en su tiempo. Álvarez constituiría el epítome perfecto de esa lectura, en buena medida deudora de la tradición regeneracionista contemporánea, que nos ofrece quien fuera procurador en Cortes por el tercio familiar, vicepresidente tercero del Gobierno y ministro de Trabajo en el Gobierno presidido por Carlos Arias Navarro entre el 11 de marzo y el 15 de diciembre de 1975, diputado popular y eurodiputado.

El trabajo en cuestión se abre, en consonancia con las intenciones nítidamente expuestas del ensayista, con el episodio fundacional del reformismo político: el banquete celebrado el 7 de abril de 1912, domingo de Pascua. Es éste el punto de partida de una serie de ágapes, e iniciativas de la ambición de la Liga de Educación Política, en los que la intelectualidad liberal contribuye, en el lustro siguiente al primero de los convites, al parto de una nueva política. Una política de raíces republicanas aunque dejándolas atrás o en suspenso. Una opción que manejaba la posibilidad de plantearse la cooperación con la monarquía; de abrirse a ésta, de manera consecuente, en el caso de que quien la encarnaba asumiese como propia una perspectiva de desarrollo de democracia representativa depurada de los vicios del caciquismo, el encasillado y las múltiples servidumbres de la vieja política. Desde ese punto de partida, Suárez nos acerca al personaje realizando un ajustado y breve perfil de sus primeros pasos en

política. Desde ahí despliega un itinerario articulado en cuatro grandes momentos. El contacto con el liberalismo dinástico y la empresa gubernamental en tiempos de revolución y crisis aguda —tanto en España como en una Europa afectada por el doble y sucesivo impacto de la Gran Guerra y la Revolución bolchevique—, la coyuntura especialmente favorable que en apariencia se abría con el triunfo de los aliados en la Primera Guerra Mundial, el alejamiento de la monarquía en momentos de apuesta autoritaria de la misma a las convulsiones del momento y a la parálisis del sistema constitucional liberal —en breve, en Dictadura— y un reencuentro nada entusiasta con la república. Un reencuentro tardío desde la reserva ante el origen revolucionario —festivo pero no por ello menos revolucionario y rupturista para con el pasado— de la misma, la enemistad manifiesta de (y a) Manuel Azaña o las dificultades de un liberalismo democrático distante, cuando no contrario al reformismo republicano-socialista, para encontrar un nicho significativo en el sistema de partidos del nuevo régimen.

La tarea de Fernando Suárez en estos capítulos es, en la medida que aproximación factual, correcta. No es menos cierto que el diálogo con la historiografía más reciente en los ámbitos de la biografía, la historia política y la historia cultural —todos ellos pertinentes en relación a la biografía de Álvarez— resultaba limitada y, en ocasiones, marcadamente instrumental. Por poner un ejemplo, parece a estas alturas como mínimo discutible afirmar que en la segunda mitad de 1920 y primeros meses de 1921 la violencia entre anarcosindicalistas y pistoleros de la patronal ocasionaría en Barcelona tres centenares de muertos y que, por ello, se

produjo «la consiguiente dura represión del gobernador civil Martínez Anido» (p. 58). En última instancia, la de las instancias gubernamentales era una violencia tan incardinada en la lógica de la violencia social como las otras dos.

Es, en cualquier caso, a partir de ese recorrido histórico-biográfico que Suárez ensaya una aproximación a las ideas y a las actitudes —las de fondo, las circunstanciales— de Melquíades Álvarez de gran interés. También lo resulta su estudio del paso por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la que el mismo biógrafo desarrolla buena parte de su más reciente actividad. Se trata, en esta segunda parte del volumen, de un elogio apenas disimulado a una versatilidad entendida como virtud al servicio de una concepción democrática de la nación, del derecho, de la libertad, y del orden. El reformista dispondría de una capacidad de modificación y adaptación, sin alteración grave de los principios últimos, a las circunstancias. Algo que se hallaría muy alejado, en opinión de Suárez, de la frivolidad o la inconsecuencia. La vocación última de todo reformista consistiría en lograr la superación endémica, en la historia contemporánea de España, entre gobernantes y gobernados. La responsabilidad radicaría en los primeros, en unas élites reformistas que se encontrarían ante una complicada agenda en la que la unidad de la nación no debiera verse en riesgo por la necesaria adecuación autonomista de la administración y de la gestión política a la naturaleza compleja, diversa, de la misma. Frente a una tarea que habría de dar respuesta mediante la enseñanza, algo muy pare-

cido a la educación cívica —a la propagación de actitudes éticas— y la legislación social a la cuestión obrera y a la problemática agraria; que habría de contar para ello con ciertos registros de entendimiento —no precisamente los alcanzados en el bienio 1931-1933— con el socialismo. La carga de la prueba, acerca de la naturaleza genuina del empeño reformista, radicaría, así mismo y en una sociedad tan cruzada por las tensiones entre Iglesia y Estado, en la capacidad de secularización del segundo sin voluntad de alteración política de los rasgos culturales y de las creencias mayoritarias de la sociedad española.

El compromiso, únicamente alcanzable a partir de la asunción de la versatilidad como registro de comportamiento político, o la predisposición al mismo, habrían quedado anulados, en la lectura de Suárez por el maniqueísmo, la rigidez doctrinal, el empaque marcadamente ideológico de ese otro reformismo en competencia que vendría a personificar, por poner un ejemplo, Manuel Azaña.

En definitiva, nos hallamos ante un volumen de relevancia para la comprensión no ya de la figura política de Melquíades Álvarez sino de la del propio Fernando Suárez. Dicho de otra manera, para atender al razonar de quienes se reclaman, genéricamente, reformistas. Un amplio abanico al que no es ajeno (históricamente hablando) el personal político que cuajando en el franquismo —y participando de sus estertores, incluso los más sangrantes— cooperaron en primera línea en la Transición democrática y se reclaman tan fascinados por la fuerza de la ley como por la posibilidad de la palabra.

---

*Ángel Duarte*

Universitat de Girona  
angel.duarte@udg.edu

RAMÓN SOLANS, Francisco Javier: *«La Virgen del Pilar dice...». Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, 469 págs., ISBN: 978-84-16028-43-6.

Ni en los censos de población ni en los padrones municipales figuran los vecinos y vecinas más famosos identificados con los lugares, comarcas, regiones o naciones de España, sus personajes divinos. Únicamente son visibles en forma de estatuas que solo se mueven cuando alguien las mueve, y se visten solo cuando alguien las viste. Pero, ¡ay, si se los menosprecia o infravalora! Reciben regalos y ofrendas, se les visita y se les pide ayuda, se les presentan los bebés. Sus casas son palacios devocionales situados en los sitios más céntricos o en parajes con las mejores vistas. Y basta asistir a unas ceremonias en estos santuarios para ver la profunda emoción que sienten por ellos sus devotos.

Sin embargo, la universidad apenas los toma en consideración. Las historias existentes de santuarios, algunas muy buenas, están más pensadas para devotos que para el público en general y suelen ser obras bastantes desconectadas del mundo académico. Además, apenas existen estudios serios y documentados, como éste de Francisco Javier Ramón Solans, que examinen otros aspectos, como el uso político de esos santos en la política de la región y del Estado. De hecho, la falta de un estudio serio sobre el Pilar ha sido particularmente llamativa.

En la introducción, el autor pone de relieve la importancia de la religión en la modernidad y el estado de la cuestión respecto al papel de los santos en cuanto símbolos en la construcción del Estado nación. En el resto del libro, el

autor sigue a trote rápido el desarrollo del culto desde el siglo XVII hasta el presente, deteniéndose especialmente en la guerra de la Independencia, el catolicismo militante a principios del siglo XX, y la Guerra Civil y el nacionalcatolicismo. Recalca momentos clave como el milagro de Calanda en 1640, el reconocimiento como patrona en 1653, el nombramiento como patrona de Aragón en 1678, la fundación del Rosario del Amanecer en 1756, la visión dentro del templo de una nube en forma de palma en 1808, la extensión del rezo propio a todo el reino de Aragón en 1807 y a toda España en 1863, los varios «milagros» en que la Virgen salió indemne de rayos, invasiones o bombas, el uso del culto como «motor de desagravio» en 1901-1905 y en 1936-1939, la dimensión belicista en la guerra del Rif y la ubicación de la Academia Militar en Zaragoza, la celebración de la victoria en 1939-1940, el intento de extender el culto a la Hispanidad, y la dedicación por Franco de España al Inmaculado Corazón de María en 1954.

En todo este recorrido, muestra cómo las fuerzas vivas de Zaragoza, tanto liberales y conservadores como ocupantes franceses, dinamizan y apoyan el culto. «La Virgen del Pilar dice», pues, muchas cosas, y resultan plenamente compatibles con el comercio, la industria, el progreso y la modernidad, tanto con la monarquía como con la ocupación francesa, las dictaduras y la democracia.

Para situar estas escenas en un contexto político y religioso internacional,

el autor hace un uso exhaustivo de fuentes secundarias de especialistas españoles e internacionales, nutrido por sus estancias en Zaragoza, París y Nueva York. Lo directamente relacionado con el Pilar está bien documentado con fuentes primarias de archivos eclesiásticos aragoneses, con folletos y publicaciones católicas locales de difícil acceso y con archivos estatales tanto españoles como franceses.

De hecho, una de las muchas virtudes de este libro denso y detallado es que, a través de cuatro siglos, tiene en cuenta el impacto indirecto de la política religiosa de la vecina Francia sobre el Pilar. Los testimonios de diplomáticos, militares y observadores franceses en Zaragoza acerca del culto, al estar menos involucrados y sesgados, tienen un peso especial. El autor recalca asimismo la importancia de Lourdes como modelo de centro nacional de peregrinaciones para el Pilar. Y, a su vez, la importancia de la República Francesca para los anticlericales de Zaragoza, e incluso la de las fiestas de París como modelo para las zaragozanas (pág. 254).

El relato está suplementado en las notas a pie de página con una veintena de resúmenes biográficos de promotores protagonistas (todos ellos hombres).

Su exposición, siempre lúcida, pone en juego conceptos como «la territorialidad de los cultos contrarreformistas y su relación con el 'protonacionalismo'» (p.68), el Pilar como «símbolo extremadamente polivalente» (p 128), y el Pilar como la fusión del «mundo vivido con aquel imaginado, deseado o añorado» (p. 385). El libro se distingue asimismo por una especial atención a la evolución de la arquitectura del santuario y su entorno urbanístico.

El autor recurre a menudo a «la Iglesia» en cuanto sujeto, como si fuera

un ente homogéneo pensante y activo. Por ej.: «La Iglesia no se limitó a mantener una actitud defensiva...», (pág. 64; «La Iglesia renovó sus estrategias de movilización popular...», (pág. 173). Todos caemos en esta simplificación, pero basta pensar con qué la remplazaríamos para darnos cuenta de su falta de sentido analítico. Se trata de una especie de cajón de sastre que tiende a invisibilizar a las personas concretas (que, por otra parte, sí se describen en este libro) que actúan, reaccionan y marcan o consensuan realmente iniciativas y estrategias y los mecanismos que las difunden. También obvia las corrientes diversas y disidencias dentro del clero y entre los creyentes. Conlleva además la ambigüedad de otras connotaciones: por una parte, una aspiración teológica para los creyentes (la representación visible del Cuerpo Místico de Cristo), y, por otra, un amenazante y todopoderoso «coco» internacional para los anticlericales. A menudo no se sabe si el autor se refiere a una supuesta «Iglesia» en versión regional, nacional o universal, o si incluye solo a jerarcas y clero o también a militantes laicos y cofradías o al conjunto de los creyentes.

Un santuario importante como el Pilar (o Santiago o los santuarios marianos de ámbitos extensos como Montserrat, Guadalupe en Extremadura, o la Virgen de la Cabeza de Andújar) daría para muchos libros. El autor, en su conclusión (págs. 388-389), alude en particular a otro aún por escribir, más etnográfico, sobre la relación devocional de la gente con el Pilar en el pasado y en el presente, en cuanto individuos, familias y pueblos, y con votos personales y de comunidades. La devoción «incuestionada e incuestionable» descrita por el autor para la Zaragoza y el Aragón de hoy en día (pág.

407) no surge simplemente de la ideología política o de identidades grupales. Se nutre, como en el resto de los santuarios españoles en activo, de la interacción personal de petición, ayuda percibida, gratitud, respeto y miedo, y de la existencia de afecto personal y familiar a largo plazo. Este nivel básico, generativo se podría describir desde el punto de vista de un pueblo o un barrio sobre la base de entrevistas, diarios personales, exvotos, mensajes en libros de santuarios, y hablando con la gente que acude a visitar el santuario en cuestión. También se podría documentar la extensión geográfica e histórica del uso de Pilar como nombre de persona.

Otra opción sería ahondar en la época contemporánea considerando las zonas de captación, como hace el autor para las peregrinaciones aragonesas de 1939-1940. ¿De dónde provenían las peregrinaciones organizadas? En la década de 1960, al menos, había en el santuario una oficina que coordinaba todas las peregrinaciones en grupo, y fue capaz de confeccionarme un listado de grupos llegados a lo largo de varios

años, donde se destacaba un fuerte eje de Valencia y su región. Este archivo debe de existir todavía.

Hay también un componente político. Las peregrinaciones a Lourdes del País Vasco y Cataluña tenían una vertiente nacionalista (no profrancesa, sino no española); mientras que para los españolistas de las Vascongadas y Cataluña ir al Pilar era, entre otras cosas, un acto de afirmación patriótica no vasquista y no catalanista.

¿Quiénes fueron los organizadores locales? ¿Hubo ciertas órdenes religiosas que (como en los casos de Limpías y Lourdes) se involucraron más que otras? ¿Fueron las mismas juntas diocesanas que organizaban peregrinaciones a Lourdes las que, de hecho, pasaron a veces por Zaragoza (pág. 247)?

El libro es, pues, un importante y gran comienzo para el estudio científico del Pilar y de la historia y simbología de imágenes veneradas en España. Ojalá que estimule otros trabajos sobre estos importantísimos protagonistas de su historia grande y chica y de la historia de sus emociones.

---

*William A. Christian Jr.*

Hamden CT y Las Palmas de Gran Canaria  
billc@idecnet.com

RODRÍGUEZ MIAJA, Fernando: **El final de la Guerra Civil. Al lado del general Miaja**, Madrid, Marcial Pons, 2015. 237 págs. más anexos., ISBN: 978-84-15963-66-0.

ONTAÑÓN, Eduardo de: **Cuartel General. La vida del general Miaja en 30 capítulos**, Palencia, Cálamo, 2014. 236 págs., ISBN:978-84-96932-86-9.

La Guerra Civil española se puede estudiar e investigar desde muchas aristas. Se puede hacer una historia institucional, una historia local, una

historia de los aspectos económicos, de la vida cotidiana, etc. Una de las aristas que se escoge con mucha frecuencia es la biografía. Recuperar la historia de la

Guerra Civil a través de la biografía de alguno de sus protagonistas. Sin embargo, aunque en los últimos años han proliferado todo tipo de trabajos, todavía existen personajes de aquel acontecimiento que están a la espera de una investigación profunda.

El general José Miaja Menant, personaje de primera fila en la defensa de Madrid, presidente de la Junta Delegada de la Defensa de Madrid en noviembre de 1936 es una de esas figuras. Y es curioso porque mientras otros militares de la época como Vicente Rojo o Segismundo Casado dejaron sus memorias, Miaja no dejó nada. Es interesante comprobar los sucesivos estudios que se han realizado sobre la defensa de Madrid y los tres años de guerra de la capital de España las referencias a Miaja siempre es por terceros o por documentación que le cita. Miaja nunca dejó por escrito sus impresiones tanto de su vida como de los momentos que le tocó vivir.

Sin embargo, de forma reciente, han aparecido dos obras que nos han acercado un poco a la vida del general Miaja. No son biografías aunque si tocan aspectos de su vida de mucho interés que sirven para poder situar la figura en cuestión.

El primero de los libros es mucho más cercano a Miaja. *El final de la Guerra Civil al lado del general Miaja* no solo es la obra de una de las personas más cercanas al general de la defensa de Madrid. Es también la obra de un familiar suyo: su sobrino Fernando Rodríguez Miaja. Editado primeramente en México en 2013 (por iniciativa de El Colegio de México) y editado ahora por Marcial Pons, desde el primer momento Rodríguez Miaja deja claro que no pretende escribir una biografía y aunque ha intentado ser lo más objetivo

posible, no siempre se consigue dicho fin.

Partiendo de una cuestión terminológica (el autor habla de republicanos y franquistas, nunca de bando nacional), Rodríguez Miaja destripa la enorme bibliografía que sobre la Guerra Civil se ha escrito y como se ha tratado la figura de su tío. Parte desde los textos más clásicos y de época de Manuel Azaña (*Historia militar de la Guerra de España*) o Segismundo Casado (*Así cayó Madrid*), pasando por historiadores trotskistas como Pierre Broué (*Staline et le Revolution. Le cas espagnol*), los historiadores británicos como Hugh Thomas (*La Guerra Civil española*) o Paul Preston (*La Guerra Civil española*) o historiadores serios (como los denomina el mismo Rodríguez Miaja) como es el caso de Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez (*El desplome de la República*). Junto a ellos otros textos como los de Francisco Largo Caballero, Manuel Chaves Nogales, Julián Zugazagoitia, Ricardo de la Cierva, Elena Garro, etc. En todos, el autor encuentra errores en las apreciaciones sobre Miaja en comparación con su propia vivencia. Algunos son, para el autor, malintencionados. En otros casos el no haber contrastado bien las fuentes.

Pero el libro de Rodríguez Miaja no es un estado de la cuestión. El mismo reconoce que no es un historiador y esa no es su faceta. La obra de Rodríguez Miaja tiene una parte biográfica, donde se relata todo el periplo de su tío y el suyo mismo. Aborda los primeros años de la vida de Miaja, su exilio, etc. Y luego tiene una parte final dedicada a anécdotas familiares tanto en Guerra como en exilio. Aun así una conclusión de Rodríguez Miaja es clara. Su tío José Miaja Menant no ha sido tratado

con el debido respeto por la historia. Hay lagunas, muchas intencionadas, para desvirtuarle. Y lo que pretende también el autor del libro es hacer un homenaje a los militares profesionales que mantuvieron lealtad a la República y a los valores democráticos. Algo por lo que el autor de este libro luchó hasta su reciente fallecimiento.

El libro de Eduardo de Ontañón tiene otro sesgo. Tal como el profesor de la Universidad de Burgos Ignacio Fernández de Mata nos cuenta en la amplia introducción de *Cuartel general. La vida del general Miaja en 30 capítulos*, esta obra pertenece a la propaganda que se desplegó a favor de la República durante la Guerra Civil para ensalzar a las figuras que se habían mostrado fieles a la misma. Porque lo que consigue en esta edición Ignacio Fernández de Mata son dos cuestiones. Por una parte recuperar una obra propagandística apenas conocida. Y por otra parte rescatar dos figuras. Una principal para este estudio, el periodista Eduardo de Ontañón, y otra secundaria que es el general Miaja.

El burgalés Eduardo de Ontañón es otra de esas figuras desconocidas actualmente pero que en su momento era de enorme trascendencia. Periodista, escritor, librero, intelectual en una ciudad de provincias, Eduardo de Ontañón fue uno de los impulsores del republicanismo en Burgos. Hoy todavía se conoce en la capital burgalesa a la antigua librería que regentó como la librería Ontañón, situada en el Paseo del Espolón.

La vida de Ontañón cambió sustancialmente cuando se fue a vivir a Madrid. Allí siguió vinculado a los movimientos de la izquierda política, pero con el estallido de la Guerra Civil, y tal como hicieron muchos otros intelectua-

les, Ontañón se afilió al Partido Comunista. Y dentro del PCE participó de distintos proyectos periodísticos. Destacaríamos el libro colectivo *Madrid es nuestro*, recopilación de artículos, de crónicas de guerra, de los periodistas vinculados al PCE: Jesús Izcaray, Clemente Cimorra, Mariano Perla y Eduardo de Ontañón. Un texto que prologó el general Miaja. Pero la obra que por encargo del PCE hace Ontañón es *Cuartel General. La vida del general Miaja en 30 capítulos*. En ella Ontañón nos repasa la vida del general de la defensa de Madrid. Trata desde sus orígenes humildes en Oviedo, de diferenciar las actuaciones de Miaja en Marruecos de la de los militares africanistas que se han levantado contra la República, de la labor de Miaja en la Junta Delegada de Defensa de Madrid, etc. Un libro de propaganda que cayó en el olvido, no solo por los largos años de dictadura, sino por la ruptura que el propio Ontañón tuvo con el PCE antes de acabar la Guerra Civil.

Curiosamente Rodríguez Miaja no hace referencia al texto de Ontañón. A lo largo de las páginas de su libro se nota un desapego constante con el PCE y su política durante la guerra. También en un intento de desmarcar a Miaja de la retórica del propio Partido Comunista. Leyendo el libro de Ontañón no se puede dejar de pensar la responsabilidad que el PCE tuvo en el ensalzamiento de la figura de Miaja durante los días de noviembre de 1936.

La conclusión que podemos sacar de ambos libros es que el general Miaja necesita de un acercamiento biográfico, tal y como otras figuras de la Guerra Civil han tenido. Porque el libro de Rodríguez Miaja tiene aproximaciones biográficas pero desde la experiencia vivida del que fue su secretario perso-

nal y al mismo tiempo sobrino. Es un libro muy interesante pero no deja de pecar, y con lógica, de lo que hacen muchas autobiografías: la justificación del personaje en su época, una justificación de su actuación. Algo que lo aleja de un contenido histórico y de análisis científico. Aunque bien es cierto que nunca el autor del libro busca hacer una biografía. Por su parte el libro editado por Ignacio Fernández de la Mata es la recuperación de una obra propagandística poniendo mayor énfasis en el autor de esa obra, Eduardo de Ontañón. Miaja es un sujeto del libro pero no el objeto del mismo.

Material para poder trabajar sobre la figura de Miaja hay abundante. A la

documentación que se guarda en el Centro Documental de la Memoria Histórica del Salamanca, los expedientes militares en Segovia, la documentación de los archivos de Defensa o la amplia bibliografía del periodo, se une la documentación que su propio sobrino depositó en el Archivo de Indianos del pueblo de Colombres (Asturias). Haciendo un homenaje al origen asturiano de Miaja, la documentación fue recibida allí y hay una pequeña sala dedicada la vida del general.

Mimbres existen para poder tejer una urdimbre más compleja que nos acerque de forma más concluyente a una figura fundamental en la historia de la Guerra Civil española.

---

*Julián Vadillo Muñoz*

Universidad Complutense de Madrid  
vadillo903@hotmail.com

PAVLAKOVIC, Vjeran: **The Battle for Spain is Ours. Croatia and the Spanish Civil War, 1936-1939**, Zagreb, Srednja Europa, 2014, 386 págs., ISBN: 978-953-96-3187.

Es de sobra conocido que la Guerra Civil española constituye uno de los temas de la historia nacional que ha generado mayor producción historiográfica y mayor atracción entre historiadores de otros países interesados en averiguar los motivos por los cuales una guerra, aparentemente doméstica, tuvo una repercusión directa en naciones de todo el mundo. Un compendio de estudios sobre su impacto internacional fue publicado en 2014 en la revista *Studia Histórica* de la Universidad de Salamanca, en el que se puede comprobar no sólo la intervención extranjera en el conflicto, sino también

los efectos políticos y sociales en las políticas practicadas por los gobiernos en ejercicio. En la extensa bibliografía que se incluye en los artículos es fácilmente observable el modo en que dichos efectos se percibieron tanto en países cercanos como en los alejados geográficamente, en las grandes potencias o en las pequeñas. La obra que aquí reseñamos representa uno de estos casos.

*The battle for Spain is ours*, está organizada en cuatro grandes apartados que recorren un amplio espacio de tiempo, desde los inicios de la Guerra Civil hasta los últimos ecos del conflicto perpetuados por los antiguos brigadistas en

los años de la Yugoslavia socialista. Recorren las distintas actitudes del régimen yugoslavo ante la guerra que se podrían resumir en primer lugar en una intención inicial de ignorar lo que ocurría en España; en segundo lugar en el mantenimiento de la neutralidad a cualquier precio; en tercer lugar en el cambio de actitud hacia la movilización y la intervención en la guerra con el envío de voluntarios ustaše a las filas del ejército franquista, el apoyo abierto de la Iglesia Católica, y la colaboración de brigadistas yugoslavos en el ejército republicano. Finalmente se ha incluido un análisis transversal del impacto que la guerra tuvo en el nacionalismo croata, la cuestión religiosa, el anticomunismo y la capacitación del ejército yugoslavo en la Segunda Guerra Mundial. Las páginas dedicadas a la posición de los antiguos brigadistas en la Yugoslavia de Tito tienen un especial interés por su novedad para los lectores españoles puesto que concretan su perfil, participación y actitud hacia la lucha antifascista.

El autor muestra a lo largo de su investigación tres ideas clave para Croacia y Yugoslavia que están presentes en gran parte de la bibliografía relativa al aspecto internacional de la guerra. La primera de ellas es que se trató de un conflicto entre ideologías que se dirimían en todo Occidente, «a world war in miniature» (pág. 23), de ahí que muchos países se identificaran con la lucha que se libraba en España. La segunda, respaldada por numerosos historiadores e investigaciones recientes, es el hecho de que se podría considerar una batalla que claramente se enmarca en la Segunda Guerra Mundial estallada posteriormente. Pavlakovic ofrece muchos argumentos que apuntan en esa dirección, como la radicalización de la derecha y la izquierda, las

estrategias bélicas desarrolladas por los ejércitos, y las consecuencias en las políticas internacionales de las principales potencias. La tercera, más específica del caso yugoslavo, es que la guerra española representaba una amenaza para Yugoslavia en el plano de las nacionalidades, la religión y la polarización social puesto que muchos colectivos consideraban que podrían seguir la estela del ejemplo español. La aportación de esta obra, por tanto, es fundamental para conocer el posicionamiento croata, en particular, y yugoslavo, en general, y se suma al conjunto de investigaciones que han desentrañado estos aspectos en otros países. Gracias a ellas sabemos que se sitúan en reacciones comparables de autodefensa y actuación de estados del entorno europeo, como Polonia, Irlanda y otras naciones que compartieron elementos comunes.

En lo que respecta a las fuentes, se han utilizado muchas y muy variadas, como los archivos policiales y las memorias de los veteranos croatas y yugoslavos de la guerra, especialmente valiosas para esta investigación. También se ha recurrido a las fuentes hemerográficas, en parte debido a los objetivos de esta monografía que, en palabras de su autor, pretende ofrecer una perspectiva sobre Croacia durante la guerra civil española, en particular el modo en que los partidos políticos, los intelectuales y las instituciones culturales y religiosas percibieron el conflicto. Pavlakovic, en consecuencia, dedica amplios espacios a la prensa de derechas y de izquierda y a la interpretación que ambas hacían de la evolución de España. Es decir, aborda la cobertura de los acontecimientos según la línea editorial de los medios en ambos espectros ideológicos y que, tal vez, podría resumirse en menos páginas.

Sin embargo, este trabajo parte de un conocimiento anticuado sobre los orígenes de la guerra civil y la interpretación de determinados asuntos de la misma. Una razón primordial de este fallo radica en la utilización de una bibliografía superada por investigaciones recientes, así como en la consulta muy escasa de las obras de historiadores españoles que han contribuido con documentación de archivo a aclarar algunas lagunas que todavía quedaban por sacar a la luz. No hay mención alguna a las investigaciones de Ángel Viñas, Francisco Espinosa, Glicerio Sánchez, y otra mucha producción historiográfica de los últimos años que han mostrado las condiciones necesarias —aquellas situaciones que van acumulando errores y radicalización de la política— y las condiciones suficientes —los comportamientos concretos que condujeron al estallido del conflicto—. Pavlakovic recurre a la tesis de las condiciones lejanas, es decir, aquellas que muestran una España heredera de conflictos políticos, sociales, religiosos y económicos procedentes del siglo XIX, que no resulta válida para explicar el golpe de estado y su conversión en guerra puesto que en muchos países se dieron situaciones parecidas y no por ello sufrieron enfrentamientos bélicos. El autor se apoya en investigaciones clásicas de los hispanistas anglosajones de los años setenta y ochenta como las de Gerald Brenan, Raymond Carr, Hugh Thomas, Gabriel Jackson y Stanley Payne (págs. 18-22 y 46 especialmente), a las que ha añadido algunas de finales del siglo XX de Paul Preston, una carencia que explica la interpretación obsoleta sobre la guerra y la reproducción de algunos mitos sobre la extensión del bolchevismo y el comunismo desmontados hoy día por

autores como Viñas, Francisco Sánchez, Eduardo González Calleja y otros más. Incluso encontramos referencias a ensayistas y propagandistas que poco pueden aportar a una investigación historiográfica como ésta. Igualmente están ausentes obras cruciales sobre las Brigadas Internacionales que hubieran servido para contextualizar el fenómeno y establecer posibles comparaciones. Es el caso de los trabajos de Marco Puppini, Manuel Requena —codirector de una obra sobre los voluntarios procedentes de Europa central y oriental— y de todos aquellos que se encuentran recogidos en el Portal SIDBRINT sobre las Brigadas Internacionales (<http://sid-brint.ub.edu/es>).

En los aspectos relativos a los antiguos brigadistas y su relación con la causa española durante los años de la Guerra Fría, queda sin despejar la incógnita sobre los contactos entablados con los diplomáticos del gobierno de la República en el exilio —Federico Martínez Miñana y el resto de funcionarios republicanos—, así como con los comunistas españoles que llegaron a Belgrado en 1946-1947 y fueron evacuados a Praga en 1948 cuando se produjo la ruptura de Stalin con Tito. Si el legado de la guerra fue intenso en el país y, según el autor, duradero en el tiempo, sería interesante conocer qué tipo de apoyos ofrecieron al exilio primero republicano y después comunista.

La lectura de *The battle for Spain is ours*, no obstante, es muy recomendable para el conocimiento en profundidad de la reacción de Croacia y Yugoslavia frente a la guerra de España. Cuestiones como los brigadistas y su participación en las batallas así como su posición dominante en los puestos de poder en la Yugoslavia de Tito durante la Guerra Fría, resultan muy inte-

resantes. A lo largo de sus páginas se puede apreciar la influencia del enfrentamiento de 1936-1939 en el Partido Comunista de Croacia (KPH), en el de Yugoslavia (KPJ), en el Partido de la Derecha Croata (HSP) y en la sociedad

en general, impactada por las turbulencias que estaba experimentando en su territorio derivadas de una guerra, teóricamente interna, estallada a miles de kilómetros de distancia.

---

Matilde Eiroa

Universidad Carlos III de Madrid  
meiroa@hum.uc3m.es

SOUTO KUSTRÍN, Sandra: **Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española**, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2014, 452 págs., ISBN: 978-84-370-9102-0.

En el proceso generalizado de apertura del campo de estudio y de búsqueda e identificación de nuevos —o no tan nuevos— sujetos históricos que define a la historiografía reciente, uno de los más recientemente convocados ha sido la juventud. Por supuesto que eso no quiere decir que antes no se hubiera atendido a los más jóvenes protagonistas de los eventos, fenómenos y procesos del pasado. Pero, como en tantos otros actores históricos más o menos desplazados del núcleo duro de los relatos historiográficos, tradicionalmente carecían en ellos de sustantividad propia. Cierto es que el colectivo juvenil no ha tenido siempre fácil ser visto como un sujeto histórico diferenciado. Larga ha sido la sombra de la visión clásica que de los jóvenes dieran Vico, Schopenhauer o, mucho antes, Aristóteles, para quien sus rasgos principales eran el «ímpetu de las pasiones», su carácter voluble y la inconstancia. Añádase a ello que hay que esperar hasta entrado el siglo XX para que la política se abra verdaderamente a los jóvenes, broten movimientos ju-

veniles autónomos y la democratización de las universidades genere después amplios segmentos sociales estudiantiles con una identidad propia. Y quizá tampoco favoreció mucho las cosas que no hallaran fácil acomodo en los grandes macro-relatos del pasado, como cuando se consideraba a sus agrupaciones y movimientos como activados por elementos «desclasados». Sea como fuere, nuestra historiografía rebosa de alusiones a los jóvenes, pero son mucho más raras las reflexiones y estudios específicos sobre ese escurridizo sujeto histórico.

Abordarlo para el concreto caso de los años treinta del siglo pasado es lo que hace el libro de Sandra Souto. *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española* aborda con solidez y un impresionante despliegue de fuentes lo que queda meridianamente resumido en los términos que recoge el subtítulo de la obra: aborda la *movilización* de las y sobre todo los jóvenes. Una movilización que es, en sus distintos momentos y organizaciones, *demo-*

*crática*, en tanto que dirigida a la defensa del régimen republicano; ligada al *estalinismo*, en la medida que su principal organización es una Juventud Socialista Unificada (JSU) que supuso intentar aplicar a España la nueva política establecida por la Internacional Juvenil Comunista; y, cuando se desata la *revolución* en la zona republicana durante la guerra civil, vinculada en una parte de las organizaciones a ese mismo proceso revolucionario. Lo único en lo que el subtítulo puede resultar menos nítido es en el hecho de ubicar el estudio *en la República española*, sin mayor precisión de fechas ni alusión a la guerra civil, porque, aunque se refiere también a la República en paz, en lo fundamental el libro lidia con la movilización juvenil durante la contienda de 1936-1939.

Sea como fuere, el trabajo de Sandra Souto aporta un libro seminal y a todas luces necesario sobre las organizaciones juveniles de la izquierda, en lo esencial obreristas, durante ese conflicto bélico y sus vísperas. Con ello, además, la investigadora titular del CSIC no solo aporta un segundo gran volumen a la historiografía sobre la crucial década de 1930, tras su muy celebrado *¿Y Madrid?, ¿qué hace Madrid? Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, (2004). Al contrario de lo que ocurre a menudo, lejos de contentarse con vivir de las rentas de su investigación predoctoral anterior, la autora pasó de inmediato a acometer durante una década un nuevo, amplio y ambicioso proyecto de investigación que, tras presentar sus resultados provisionales y marcos teóricos en sucesivas reuniones científicas y publicaciones especializadas, culmina ahora con este volumen.

Como no podía ser de otro modo en un texto que introduce de modo ex-

haustivo este tema, el libro dedica una inevitable gran atención a la formación y deriva de las organizaciones juveniles. El lector o lectora encontrará así recorridos muy detallados y documentados a través de los orígenes, debates, divisiones y conflictos internos, liderazgos, contradicciones, resultados y evolución de cada una, sobre todo de las juventudes socialistas, comunistas y libertarias. Con todo, no es un estudio limitado a siglas y dirigentes. Por un lado, el agotamiento de las fuentes que efectúa lleva a la autora a trenzar un relato en el que no solo desfilan las grandes directivas, líderes y reuniones orgánicas de ámbito estatal; hay asimismo abundante espacio dedicado a ejemplos y comparaciones procedentes de las organizaciones, dirigentes, congresos, debates y vicisitudes en el terreno provincial e incluso local. Lejos de ser un mero añadido o plasmación del recorrido general, además, la atención a los marcos reducidos permite complejizar imágenes previas hechas en ocasiones con trazos gruesos, y por ejemplo permite argüir que distó de haber un consenso unívoco y mucho menos una «traición, engaño o venta» (pág. 82) en el proceso que condujo a la fusión de las juventudes socialistas y comunistas en la JSU. Por otro lado, tampoco lo organizativo y los liderazgos y luchas entre organizaciones y tendencias monopolizan el relato. Junto a ello y, lo que es más importante, relacionado con ello, se integran dimensiones de tipo cultural, la de género o factores explicativos de la movilización más a ras de suelo. Y, por último, al hablar de las diferentes organizaciones, no se trata de un relato atomizado en el que los capítulos y apartados dedicados a cada una corran de modo aislado, sin ningún punto de encuentro. Hay una

serie de hijos conductores. Y, como resulta asimismo insoslayable tratándose de esta cuestión, uno de ellos es la constante tensión entre la autonomía de cada organización y las dinámicas de confluencia en las que se vieron envueltas, sobre todo como resultado de las necesidades y urgencias impuestas por una guerra de aquellas imprevistas dimensiones.

Porque esa es una de las principales conclusiones del análisis ofrecido. Esa tensión, avances, retrocesos, éxitos y carencias de los procesos de confluencia no deben entenderse como la mera consecuencia de luchas personalistas y partidistas o de consignas más o menos sinceras o malévolas procedentes de remotos lugares como Moscú. Bajo todo ello, que desde luego influyó, operaban más amplias dinámicas políticas y sociales, nacionales e internacionales. Nada se estaba inventando ni surgía de la nada, por más que hubiera que responder a un escenario tan radicalmente inédito como el inicio de una guerra y una revolución como aquellas. Y nada se podía entender sin el marco internacional y sin ese marco de guerra total que todo lo permeaba. Con ello, además, se muestra uno de los mayores méritos del libro. *Paso a la juventud* conjura el peligro de resultar un minucioso estudio de las organizaciones juveniles en esos años de guerra que apenas oteara otras problemáticas. La obra no solo sitúa ese estudio en el contexto más amplio de las luchas, conflictos y dinámicas de orden político, social, cultural y hasta militar de la República en guerra. Desde el concreto caso de estudio de las organizaciones juveniles y de su movilización, hace una aportación crucial y perfectamente documentada al cuadro general de ese contexto en general, y en particular a

una clave axial de su estudio que fue convincentemente desarrollada por ejemplo por Helen Graham: la que se refiere a las lógicas de centralización política derivadas de las lógicas de centralización y organización de la retaguardia que impuso, aunque con un sinfín de resistencias y contradicciones, el esfuerzo bélico propio de una guerra que hoy la literatura denominaría *total*.

Lo que acabamos de apuntar se desgrana en los seis capítulos que siguen al primer epígrafe (que corresponde a la introducción). Nada se estaba inventando ni surgía de la nada porque, como se detalla en el capítulo segundo, los años anteriores a 1936 contemplaron, tanto en Europa como en España, un crecimiento exponencial de organizaciones políticas y sindicales juveniles y la conversión de los jóvenes en un actor político fundamental. Integrando la cuestión en la experiencia de «un mundo en crisis» como el de la Europa de entreguerras, el trabajo muestra que si a esta última la marcó de modo decisivo la generación posterior a la que luchó en las trincheras de Verdún, el quinquenio republicano español no se entiende sin la politización de una juventud convertida en salvaguardia de la pureza doctrinal y el radicalismo frente a sus colegas adultos. Ese es uno de los factores que pusieron en marcha por ejemplo el proceso unitario entre las juventudes socialistas y comunistas, en la medida que las primeras fueron un baluarte de la facción más radicalizada del PSOE. Sin embargo, el proceso fue acelerado, en todo caso determinado y a la postre complicado por la guerra civil iniciada en julio de 1936.

A lo que se dedica en buena medida y con profusión el capítulo tercero es precisamente a ese proceso. Un proceso que se sustanciaría en la creación de

la JSU, pero que reveló asimismo tensiones irresueltas y acaso irresolubles ante aquella coyuntura de guerra y ante las lógicas que parecía imponer, las divisiones que arrastraba el mundo socialista, los métodos proselitistas utilizados por la nueva organización y la represión de las disidencias, sobre todo la trotskista. De hecho, concluye Souto, la guerra «frenó y desconfiguró el proceso unificador» en los planos locales y regionales (p. 111), y el proceso acabó conduciendo a la propia fractura interna de la organización en la famosa conferencia de Valencia de enero de 1937. *Paso a la juventud* aporta así un sinfín de datos y evidencias empíricas al estudio de cuestiones y debates fundamentales sobre aquella coyuntura de guerra y revolución, como la división del socialismo ibérico, el papel desempeñado por el PCE en la organización de la zona republicana —como vocero principal de la necesaria movilización general para la guerra—, la crítica del supuesto proceso de bolchevización de las organizaciones de esa zona, y los conflictos de poder y por la definición de la sociedad de guerra (y posguerra) en esa retaguardia (a partir de debates como el de guerra o revolución). Con todo, ese prolijo capítulo se detiene asimismo en la trayectoria de las otras juventudes, como las de los pequeños partidos republicanos, la Unión Federal de Estudiantes Hispanos. Y lógicamente lo hace sobre todo con las Juventudes Libertarias (FIJL), la otra gran organización juvenil y de las que la autora subraya que quedó aun más atrapada que otras en discusiones puristas y doctrinales que acabarían por hacerla poco operativa ante las «necesidades de la guerra».

Al menos tanto interés como los dos anteriores revisten el resto de capítulos

del volumen, que se detienen en aspectos transversales y sin duda menos conocidos y más difíciles de estudiar con las fuentes más tradicionales. En el cuarto, Sandra Souto se centra en lo que llama «grupos subordinados»: las organizaciones juveniles femeninas y las organizaciones para niños. El recorrido va bastante más allá de las siglas y de la dimensión organizativa, para adentrarse de modo decisivo en las perspectivas sociales y culturales de la labor de tales agrupaciones. En ese sentido, es de sumo interés, para completar críticamente lo que sabemos sobre la movilización y encuadramiento de las mujeres en la zona republicana, el epígrafe dedicado al diferente pero a menudo tradicional papel que reservaron a las mujeres las distintas organizaciones. Y resulta sugerente y novedosa la atención al trabajo sobre las niñas y niños. Un trabajo que no se reducía al adoctrinamiento y movilización, sino que se ampliaba a la doble labor de organización educativa y asistencial, que bebía de la tradición socialista y libertaria ibérica y que se desplegó con notables resultados en un marco tan arduo y de tantas carestías para la infancia como aquella devastadora guerra.

Por su parte, en un quinto capítulo, *Paso a la juventud* relata el intento más notable de llevar las tendencias de centralización y aliancistas a una confluencia de las principales organizaciones juveniles. Fruto de la convergencia entre la JSU y la FIJL, en un acercamiento similar al del terreno sindical, la Alianza Juvenil Antifascista (AJA) asumió las funciones de representación de la juventud española en los organismos foráneos de solidaridad y llevará a cabo actividades en buena parte de la menguante retaguardia republicana.

Pero nunca dejarán de habitar en su seno diferencias doctrinales, estratégicas y organizativas, su campo real de acción fue siempre escaso y, como en tantas cuestiones relativas a la guerra civil de 1936-1939, quedará para la historia contrafactual qué habría podido ocurrir caso de que la marcha de la contienda hubiera sido otra. Mientras tanto, el capítulo sexto nos ofrece un fresco asimismo renovador sobre el concreto e imprescindible papel desempeñado por los jóvenes, no ya solo sus organizaciones, en la zona republicana. Más allá de lo que pudiera tener de verdad consabida, con el análisis de Sandra Souto resulta ya insoslayable algo que de por sí justificaría la relevancia de su libro: el hecho de que la movilización bélica en esa retaguardia fue menos «popular», como siempre se describió, que específicamente juvenil. El grueso de los combatientes, merecía la pena mostrarlo, fueron jóvenes, y suya fue de largo la mayor contribución en vidas segadas por las heridas, enfermedades y carestías asociadas a los combates y campañas militares. Uno de los epígrafes más novedosos de la obra es el que se dedica a ello y a dar contenido empírico preciso a esa realidad, atendiendo a cuestiones como la militarización e incorporación a quintas, los debates sobre la exención militar de los responsables de las organizaciones, la educación premilitar de los más jóvenes o su colaboración en labores de vigilancia de la retaguardia, pero también en el hasta ahora desconocido asunto de la notable actividad de las organizaciones en las campañas que recababan la solidaridad internacional para la República.

Por último, el libro concluye con un epílogo sobre los últimos tres meses de guerra y sobre su triste después. La idea que lo permea es que la conclusión

de la contienda supuso el final del ciclo de la movilización juvenil iniciado la década anterior, y que ese cierre duraría lustros. La dureza y desfavorable marcha de la guerra, la movilización militar y en suma la explotación que de ellos se hizo desgastó y «consumió» a los jóvenes y a sus organizaciones y llevó a que no pudieran vehicular ninguna movilización a principios de 1939 en Cataluña o en marzo de ese año en Madrid. Y el terrible marco de posguerra, exilio, represión, cárcel, muerte y miedo inaugurado con la victoria franquista no haría sino clausurar el marco de oportunidades políticas para cualquier tipo de movilización de los jóvenes que no estuviera rígidamente encuadrada en una España de espíritu tan poco juvenil como la de los vencedores.

Como en cualquier libro, cabrá que el lector o lectora encuentre que se podría haber ahondado más aquí o allá. Por más que aparezca en otras publicaciones parciales de la autora, podría haberse dedicado algunas páginas más al marco teórico y al contexto general de la movilización juvenil europea. Quien conozca la obra anterior de la autora, la referida *¿Y Madrid?, ¿qué hace Madrid?*, podrá echar de menos una mayor integración de la temática abordada en otras tradiciones de análisis, como las procedentes de la sociología de la acción colectiva y los movimientos sociales. Y en ocasiones, sobre todo en la primera mitad del texto, cabe que el lector impaciente encuentre un excesiva abundancia de siglas, organizaciones, congresos y discusiones organizativas, aunque eso es algo que podría verse también como resultado del amor al detalle y del exhaustivo trabajo de exhumación y uso de fuentes hasta ahora poco o nada conocidas de que hace gala la autora. Pero nada de eso cambia lo

esencial. Sandra Souto ofrece una obra extraordinariamente documentada sobre el papel que desempeñó la juventud no solo en sus organizaciones y en los campos de batalla, sino también en la movilización de la retaguardia, en la política cultural de la República en guerra, en la producción agrícola e industrial, en la asistencia a la infancia o en la movilización de apoyos extranjeros a la causa republicana. Un trabajo

así, además, no solo refleja la importancia de la juventud como actor histórico en un periodo tan trascendental como la guerra civil de 1936-1939, sino que contribuye a construirlo como tal actor. Y, del mismo modo, muestra que la juventud, al menos desde el primer tramo del siglo XX, no solo refleja los cambios sociales, políticos y culturales de su tiempo, sino que contribuye a inducirlos y definirlos.

---

José Luis Ledesma

Universidad Complutense de Madrid  
jledesma@ucm.es

THOMAS, María: **La fe y la furia. Violencia anticlerical popular e iconoclastia en España, 1931-1936**, Granada, Comares, 2014, 258 págs., ISBN: 978-84-9045-149-6.

Contextualizar e historizar la violencia anticlerical de los años treinta en España: ese es el principal objetivo que María Thomas se plantea en *La fe y la furia*. La obra, fruto de una investigación de historia social y cultural desde abajo aderezada con una sólida base antropológica, defiende que el anticlericalismo constituyó un fenómeno en transición y un componente vital del rápido cambio social, político y cultural que experimentó España en los años treinta. Por entonces la virulencia anticlerical alcanzó una escala e intensidad nuevas. El libro pone rostros a los protagonistas de dicha violencia y desentraña los motivos, mentalidades e identidades colectivas que subyacían a ella. Contextualiza, además, esa violencia en la intensa movilización que protagonizaron católicos y anticlericales, cuyas identidades se fueron construyendo desde comienzos del siglo XX.

Dada la ausencia de fuentes documentales sobre la violencia anticlerical anterior a la sublevación militar, la Causa General representa la fuente primordial de la investigación. De su análisis se desprende que fueron los trabajadores anticlericales sus principales protagonistas tanto en el mundo urbano como en el rural. De ahí que sean ellos el sujeto central de la obra desde el primer capítulo. Se aborda ahí la configuración de su identidad anticlerical durante el primer tercio del siglo a partir de una doble experiencia: por un lado, el conflicto entre anticlericales y católicos por controlar y dotar de significado el espacio público, dominado por la Iglesia, en una sociedad en la que las transformaciones políticas, sociales, demográficas y culturales derivadas de la industrialización modificaron «la naturaleza del anticlericalismo popular español “tradicional”»

(p. 21); por otro, la lucha de los trabajadores por repeler la creciente intrusión en su espacio privado por parte del Estado, legitimado por la Iglesia. En el transcurso de ese doble enfrentamiento los trabajadores crearon una esfera pública propia, con formas alternativas de socialización e iniciativas culturales y rituales en las que estaba muy presente el anticlericalismo. Es esta una línea interpretativa recurrente en el libro para explicar la violencia anticlerical de los trabajadores en los años treinta.

La democracia de masas que construyó la República se desarrolló, según Thomas, como una lucha entre los católicos, movilizadas contra el nuevo régimen, y la República secularizadora apoyada por trabajadores anticlericales, aunque en tensión con ellos también. Sería la frustración ante el escaso éxito de las medidas secularizadoras republicanas, lo que llevó a un gran número de trabajadores anticlericales a solucionar el problema en la calle. Provistos de una creciente determinación, derivada del intenso proceso de politización y sindicalización que impulsó la República, actuaron tanto para alterar el equilibrio de poder en los espacios públicos en detrimento de las fuerzas católicas, como para secularizar la sociedad desde abajo. Cuanto mayor era la movilización católica para protestar por la política de la República, más se toparon con el sabotaje y las contramanifestaciones de grupos de trabajadores políticamente organizados.

Las aportaciones más significativas del libro se encuentran en las páginas dedicadas a poner rostros a los autores de la violencia anticlerical desatada tras la insurrección militar. La muestra de 151 personas, extraída de los registros de la justicia militar franquista para las provincias de Madrid y Almería, con-

firma el perfil predominante del anticlerical joven, varón, militante político y de clase trabajadora como principal protagonista de la violencia. Esta constituyó, para Thomas, un fenómeno profundamente político, entrelazado «con el conflicto de clase y el activismo político de la izquierda» (p. 129). Con todo, un porcentaje significativo de la muestra corresponde a individuos de clases medias urbanas y rurales. La identidad anticlerical fue, por tanto, transversal a otras identidades políticas y sociales. Aunque la filiación mayoritaria de los protagonistas de la violencia se sitúa en la izquierda socialista y anarquista, no resulta desdeñable la presencia de republicanos de izquierda o de individuos sin afiliación y activismo político previo. La participación en la violencia anticlerical les permitió demostrar sus credenciales revolucionarias bien para abrirse un hueco en la nueva sociedad, bien para alcanzar un estatus y un poder en la comunidad del que siempre habían carecido. Especialmente sugerente resulta el estudio de la violencia anticlerical desde la perspectiva de género. Se abordan, por un lado, las complejas relaciones entre la masculinidad y la violencia anticlerical; por otro, cómo las relaciones de género establecidas condicionaron las formas de violencia —más simbólicas que físicas— que se ejercieron sobre las religiosas, ya que se consideraba que se las estaba liberando del yugo clerical. Aparte de como víctimas, se analiza también el papel y la lógica de las mujeres que ejercieron violencia anticlerical, normalmente contra objetos religiosos. Habitualmente jóvenes, politizadas desde la primavera de 1936 o tras el comienzo de la guerra, su actuación se vinculó a la defensa de la esfera doméstica y comunal frente a las

intrusiones de la Iglesia ligadas a la represión estatal o las injusticias sociales. Protagonizar la acción colectiva anticlerical brindó además a muchas de ellas la oportunidad de participar de la vida política incorporándose a las estructuras de poder revolucionarias, aunque siempre en puestos subordinados.

Para terminar de poner rostros a la acción colectiva anticlerical, el libro rebate el carácter ilógico e irracional que se atribuye a la violencia anticlerical, pues sus autores la utilizaron como un medio de «destrucción creativa» para reconfigurar el poder en la comunidad y secularizar los espacios públicos en la nueva sociedad revolucionaria en construcción, al tiempo que les abría nuevos espacios físicos y políticos en ella. Refuta también el mito de la violencia espontánea ejercida por masas enloquecidas. Y entre las muy diversas formas de colaboración habidas entre forasteros y lugareños, el libro subraya la contribución activa de los vecinos a la iconoclastia local, si bien esta se vio impulsada por la llegada de los grupos armados o comités de localidades cercanas o de la capital provincial, que rompían los miedos, tabúes o solidaridades comunitarias, especialmente en los casos de asesinato de clérigos en el medio rural. Por último, el repertorio de virulencia anticlerical, muy influido por los rituales públicos católicos, denota la presencia de vestigios de fe religiosa en los iconoclastas. Esa combinación de frío anticlericalismo politizado con la furia generada por creencias y tradiciones religiosas residuales resultaba, a juicio de Thomas, lógica y comprensible en una sociedad como la España de los años treinta sumida en un rápido proceso de modernización y transformación.

Hace muy bien la autora en señalar los peligros metodológicos que se deri-

van de atribuir determinados principios ideológicos y modos de comportamiento a actores históricos por su pertenencia a un grupo social determinado; y más en el caso del anticlericalismo, dado su carácter transversal a otras identidades políticas y sociales. Por ello sorprende que, cuando analiza la configuración de identidades anticlericales entre los trabajadores, sus experiencias parecen totalmente ajenas al republicanismo y a interacciones con sectores de clases medias y populares republicanas, principales impulsores de una movilización anticlerical ya marcadamente politizada a principios de siglo. Hubiera sido necesario, en este sentido, definir quiénes eran esos trabajadores anticlericales. La alusión reiterada a la UGT y la CNT a lo largo del libro da a entender que se trata de clase obrera. Pero hablar de «esfera pública de los trabajadores» en ese sentido restrictivo resulta excesivo, si tenemos en cuenta tanto las características del proceso industrializador y de la clase obrera en España, como las porosas relaciones existentes entre obreros y clases populares. Predomina, por otro lado, una visión demasiado reactiva del anticlericalismo de esos trabajadores dado que no se alude a las prácticas laicistas que ayudaron a configurar su identidad anticlerical, igualmente difundidas entre los que compartían la cultura política republicana.

Asimismo llama la atención la ausencia de referencias al PSOE, sobre todo por comparación con las repetidas menciones a los dos sindicatos obreros. La autora establece una vinculación directa entre la acción colectiva anticlerical y la movilización sindical de los trabajadores, porque esta les sirvió tras julio de 1936 para reconstruir los significados de los espacios públicos pre-

viamente dominados por la Iglesia. Pero no hay que olvidar que el socialismo contribuyó a conformar la cultura anticlerical entre los trabajadores en los años en que el anticlericalismo parecía haber desaparecido del debate público; y ocupó el poder de las instituciones nacionales y locales donde se aprobó y aplicó la legislación laicista de la II República. Por ello la imagen de unos republicanos que gobiernan y unos trabajadores que ejercen la acción desde abajo en esos años resulta demasiado simplificada. Al optar por resaltar las diferencias o tensiones entre gobiernos republicanos y trabajadores anticlericales, se obvia la vinculación entre el pueblo y los gobiernos locales donde tenía representación la izquierda republicana y socialista, y se olvidan las acciones de protesta conjunta en la calle en demanda de medidas laicistas más radicales o para apoyar la aplicación efectiva de las aprobadas en el municipio.

Por otra parte, el libro explora las conexiones entre el estallido anticlerical posterior al golpe de estado de julio de 1936 con las formas de violencia anticlerical popular durante los años de la República en paz; pero lo hace a costa de transmitir la idea de que la protesta anticlerical de los años treinta fue siempre violenta. Sería por ello recomendable precisar qué se entiende por violencia anticlerical y señalar la existencia en esos años de otras formas de protesta no violenta, aunque en su transcurso pudieran devenir virulentas.

Hay que subrayar las enormes dificultades de una investigación de historia desde abajo como la presente, y en especial para el periodo anterior a la guerra por falta de fuentes documentales sobre la violencia anticlerical. La afirmación de que en julio de 1936,

antes de la sublevación, las actividades populares anticlericales estaban más extendidas, politizadas y radicalizadas que nunca (p. 98), contrasta con la cronología propuesta por Rafael Cruz en *En el nombre del pueblo*, para quien el ciclo de movilización anticlerical habría comenzado a decaer desde junio. Son necesarias pues más investigaciones que ayuden a precisar, entre otras cuestiones, la evolución cronológica de la protesta durante los años de una República en paz. Y también sus motivaciones. Según la línea argumental de María Thomas, el resentimiento anticlerical de los trabajadores respondía a la legitimación que la Iglesia prestaba al Estado para sus intrusiones en la esfera privada de aquellos, intrusiones que aumentaron en tiempos de la República (p. 64). Sin embargo, la movilización anticlerical se intensificó precisamente en los periodos en que gobernaban los republicanos, en el primer bienio con los socialistas y durante la primavera de 1936, cuando menos se podría hablar de legitimación eclesiástica al régimen republicano. Eran los momentos de mayor oportunidad política para lograr que se hicieran realidad las aspiraciones laicistas. Cuando más represivo e invasor se volvió el Estado, tras octubre de 1934, las acciones anticlericales disminuyeron considerablemente, incluidas las violentas.

Esa misma línea argumental también suscita algunas reservas cuando se utiliza para explicar la lógica de la violencia anticlerical femenina durante la guerra frente a la penetración del Estado republicano. En este punto la autora califica de modalidad «tradicional» de protesta las acciones de violencia de las mujeres orientadas a defender lo doméstico y comunal, sobre todo en el

mundo rural. Apelando a las fronteras permeables de lo público y lo privado, identifica defensa de la comunidad con defensa de la domesticidad. Los estudios de género, no obstante, han señalado que las salidas de las mujeres al ámbito público se realizaron muy habitualmente desde presupuestos permitidos por las relaciones de género establecidas, lo que implicaba de facto una superación del limitado marco de lo doméstico. Por ello no queda tampoco

claro por qué la autora define esa violencia como «tradicional».

En última instancia, la cuestión remite al debate historiográfico de fondo sobre el carácter tradicional o moderno de la protesta anticlerical contemporánea, que hubiera requerido una reflexión explícita al respecto. El profundo conocimiento que sobre la violencia anticlerical popular demuestra María Thomas en esta obra a buen seguro habría resultado iluminador.

---

*María Pilar Salomón Chéliz*

Universidad de Zaragoza

psalomon@unizar.es

MICHONNEAU, Stéphane, y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. (estudios reunidos por): **Imaginario y representaciones de España durante el franquismo**, Madrid, Casa de Velázquez, 2014, 281 págs.; ISBN: 978-84-96820-65-6.

La obra colectiva que aquí reseñamos presta atención a dos de las cuestiones que mayor atención y renovación están recibiendo en los últimos veinte años por parte de la historiografía sobre la España contemporánea: el nacionalismo español y la dictadura franquista. Un período para el cual, pese a la multiplicación de estudios y el progresivo desplazamiento desde la historia político-institucional hacia la historia social y cultural, sigue siendo escaso nuestro conocimiento sobre los procesos de nacionalización española, algo que contrasta con los numerosos avances que en el estudio del nacionalismo español se han producido para el período del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Pese a ello, lo cierto es que a partir de la investigación de Ismael Saz sobre los «nacionalismos franquistas», en la que se definía al

franquismo como «dictadura nacionalista» y se subrayaba la enorme importancia del nacionalismo español en el origen, naturaleza y proyecto socializador del régimen de Franco, diversos trabajos han empezado a estudiar en la última década la relación entre nacionalismo español y franquismo, pudiéndose destacar las aportaciones, entre otros, de autores como Xosé Manuel Núñez Seixas, Zira Box, Julián Sanz, Sara Prades, Lara Campos, Andrea Geniola o José Carlos Rueda Laffond. Teniendo en cuenta este panorama, los trabajos reunidos por Stéphane Michonneau y Xosé Manuel Núñez Seixas pretenden, tal y como señalan estos autores, aportar materiales para abordar desde perspectivas inspiradas por la «historia cultural» los procesos de «construcción de los imaginarios simbólicos y culturales del nacionalismo

español» durante el franquismo, atendiendo a cuestiones muy diversas. Entre los muchos aspectos que podríamos destacar, nos centraremos aquí por razones de espacio en una serie de elementos que consideramos de especial interés, siendo conscientes de que otras importantes cuestiones serán dejadas de lado.

En primer lugar, cabe destacar cómo los diversos trabajos nos permiten apreciar la evolución histórica de los discursos, símbolos y prácticas del nacionalismo español, ayudando a entender con mayor precisión el lugar que ocupa el franquismo en el marco de la historia de la identidad nacional española, así como sus propias evoluciones. En este sentido, puede apreciarse tanto una importante continuidad de los nacionalismos franquistas respecto a muchos referentes y canales de difusión del nacionalismo español de la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del siglo XX, particularmente el conservador, como la existencia de importantes cambios y especificidades, en buena medida relacionados con la experiencia de intensa movilización sociopolítica de la República y la guerra civil y con el auge del fascismo en el ámbito de las derechas españolas, así como con transformaciones socioeconómicas y culturales más amplias. Cambios y especificidades apreciables en la introducción de matices y acentos propios en diversos elementos previamente arraigados, como el himno y la bandera oficiales (Box), el discurso de la «Hispanidad» y las narrativas históricas sobre el pasado nacional (Marcilhacy, Álvarez Chillida, Blasco, Núñez-Seixas, Sánchez-Biosca) o las representaciones de género de los nacionalismos conservadores (Blasco); pero también en el creciente peso de mecanis-

mos de nacionalización como el fútbol (Quiroga), el cine, el NO-DO (Sánchez-Biosca), la radio, la televisión, la prensa escrita general y deportiva, los museos y los espacios de memoria vinculados a la guerra civil o a la conquista de América (Michonneau, Marcilhacy, Sánchez-Biosca, Schammah Gesser), el cómic (Molina), los centros públicos de investigación histórica y en ciencias sociales (Núñez Seixas, Molina, Schammah Gesser) o las organizaciones de masas y espacios de sociabilidad vinculados a la Falange (Núñez Seixas, Schammah Gesser). Asimismo, aunque en conjunto se trata de una obra más centrada en el período de la posguerra, varios de los textos (Michonneau, Marcilhacy, Molina, Sánchez-Biosca o Quiroga) atienden a la propia evolución de los nacionalismos franquistas durante los años cincuenta, sesenta y setenta, apreciándose en este sentido tanto una clara continuidad de la notable voluntad nacionalizadora de la dictadura, como la emergencia de ciertos cambios en las formas e, igualmente, en los contenidos de los discursos nacionalistas. Cambios que, sin alterar de manera radical el proyecto de nacionalización puesto en marcha desde la guerra civil, fueron encaminados a tratar de garantizar una mayor eficacia de este en un nuevo contexto caracterizado por la caída de los fascismos, el cambio generacional, el crecimiento económico, la llegada masiva de turistas europeos, la emergencia de la televisión, la secularización o el avance del antifranquismo y de los nacionalismos alternativos al español.

En segundo lugar, los estudios reunidos en esta obra nos permiten apreciar la diversidad y los conflictos entre los apoyos más activos de la dictadura en cuanto a las representaciones y dis-

cursos sobre la nación española, teniendo en cuenta que abundan los ejemplos extraídos de prensa diaria, revistas, textos legales o memorias de «protagonistas» destacados del bando vencedor, los cuales nos aproximan de manera destacada al imaginario de las élites culturales y políticas partidarias del régimen. En este sentido, la mayor parte de los trabajos siguen el planteamiento de Ismael Saz respecto a la existencia de dos «nacionalismos franquistas», el nacionalcatólico y el fascista que, aunque de acuerdo en ciertos elementos básicos, permanecieron enfrentados en cuestiones fundamentales. Así, por ejemplo, Zira Box muestra las notables tensiones generadas en el proceso inicial de «institucionalización» como bandera e himno oficial de símbolos de claro origen monárquico como la bicolor y la *Marcha Granadera*. Tensiones relacionadas con la heterogeneidad simbólica inicial entre los apoyos del régimen y de modo particular con las resistencias falangistas a aceptar unos símbolos abiertamente defendidos por los sectores nacionalcatólicos y a abandonar la centralidad de sus propios símbolos de partido, como el «Cara al sol» o la bandera «rojinegra», ante las que el régimen desarrolló diversas estrategias de legitimación y «desmonarquización» de dichos símbolos oficiales, tratando al tiempo de contentar a los falangistas mediante la inclusión de los suyos —y de los tradicionalistas— como símbolos complementarios en actos y espacios oficiales. Otros trabajos nos muestran igualmente la diversidad de énfasis y los conflictos entre los sectores que apoyaron al régimen, generalmente reducidos a la confrontación falangistas-nacionalcatólicos, aunque no únicamente, a propósito de cuestiones

como la interpretación y apropiación de las ruinas y espacios de memoria de la guerra civil (Michonneau), las distintas concepciones del imaginario y proyecto compartido de la «Hispanidad» (Marcilhacy, Álvarez Chillida) o las diferentes actitudes hacia las «culturas territoriales subnacionales o subestatales» (Núñez Seixas).

En tercer lugar, si bien la perspectiva que guía a la mayor parte de los textos es el análisis de los contenidos de los discursos públicos sobre la nación española elaborados fundamentalmente por las élites políticas y culturales, tanto algunas de las fuentes manejadas como diversas reflexiones e hipótesis contribuyen a una mayor comprensión de los diversos canales y factores que pudieron contribuir a la difusión e interiorización de los símbolos, referentes y narrativas de los nacionalismos franquistas más allá de estos minoritarios sectores. Así, respecto a los canales y espacios de nacionalización, en esta obra se presta una particular atención, por una parte, a los mecanismos más formales o institucionales, como la bandera y el himno (Box, Marcilhacy), las conmemoraciones, festividades y otro tipo de actos públicos oficiales (Box, Michonneau, Marcilhacy, Sánchez-Biosca), el sistema educativo (Michonneau, Blasco, Marcilhacy, Álvarez Chillida), los museos, lugares históricos e instituciones culturales (Michonneau, Marcilhacy, Núñez Seixas, Molina, Schammah Gesser) o las organizaciones vinculadas al entramado asociativo falangista, como los Coros y Danzas de la Sección Femenina (Núñez Seixas, Schammah Gesser). Por otra parte, varios autores subrayan la importancia de otros canales y espacios de nacionalización más informales o aparentemente más des-

vinculados de la esfera de la política y el Estado, tales como el cine documental y de ficción (Sánchez-Biosca, Marcilhacy, Álvarez Chillida, Molina), las revistas, la prensa, la televisión y la radio (Michonneau, Blasco, Marcilhacy, Álvarez Chillida, Quiroga), los cómics y otro tipo de literatura de masas (Blasco, Marcilhacy, Molina), la cultura del fútbol (Quiroga) o, entre otros, la familia, a la cual se le asigna una novedosa centralidad —particularmente de las madres— como agentes de nacionalización (Blasco).

Más allá de los canales o mecanismos de difusión y socialización de las versiones franquistas de la identidad nacional española, varios trabajos permiten apreciar la interacción de ésta con otras formas de identidad colectiva, un importante condicionante de la difusión y recepción de los discursos nacionalistas por parte de los distintos grupos sociales. En este sentido, una cuestión clave que sugieren algunos autores es el modo en que esta recepción se vio condicionada por la intensa división social generada durante la guerra civil. Así, se apunta al modo en que los heterogéneos apoyos sociales de la dictadura alcanzaron, pese a la mencionada conflictividad y diversidad de interpretaciones, una notable cohesión gracias en buena medida a la centralidad del nacionalismo español y a la consecución de consensos de mínimos relacionados con esta cuestión, que sumados a otros referentes y argumentos, dieron forma a lo que podríamos definir como la identidad colectiva de los «vencedores» en la guerra civil (Michonneau, Marcilhacy, Molina, Sánchez-Biosca). Junto a ello, diversos trabajos ponen de manifiesto la notable importancia de las identidades locales y regionales en los discursos nacionalistas del franquismo, que si bien agudizó el

mensaje antiseparatista de las derechas, no renunció ni mucho menos a la exaltación y utilización de determinados elementos de identificación local y regional, que se habían venido probando como exitosos mecanismos de nacionalización española desde el siglo XIX (Álvarez Chillida, Núñez Seixas, Molina, Quiroga).

Igualmente, una de las aportaciones más interesantes y necesarias —por lo poco estudiado— de esta obra consiste en subrayar la importancia de la relación entre identidad nacional e identidades de género, destacándose tanto el modo en que los nacionalismos franquistas redefinieron los modelos de feminidad y masculinidad, como el hecho de que las «representaciones de España a través del género» en canales como los libros de texto podían, por conectar con identidades socio-sexuales ampliamente difundidas, constituirse en un eficaz mecanismo de nacionalización (Blasco). Otra forma de identidad, en este caso la religiosa católica, también es abordada en su relación con los procesos de nacionalización bajo el franquismo. Así, se llama la atención sobre la eventual mayor receptividad hacia los nacionalismos franquistas entre los amplios sectores identificados con el catolicismo, como en el País Vasco (Molina), señalándose la amplia difusión de la Semana Santa como símbolo «nacional» gracias entre otros medios al NO-DO (Sánchez-Biosca) y apuntando, asimismo, a la fuerte imbricación entre españolización y cristianización en el proyecto colonialista de socialización de la población indígena en Guinea, cuestión esta última planteada dentro de un estudio particularmente innovador por la escasa atención a los procesos de nacionalización en las colonias (Álvarez Chillida).

Por último, junto a la interacción con otras identidades, esta obra muestra la centralidad que en la construcción y difusión de los imaginarios nacionales españoles bajo el franquismo jugó, como había venido ocurriendo desde el siglo XIX, la elaboración y popularización de narrativas y representaciones sobre la historia y el patrimonio cultural de la nación, cuestión que es abordada atendiendo a las representaciones femeninas de la historia de España (Blasco), a la centralidad de América Latina y de la época del «imperio» (Marcilhacy, Vicente Sánchez-Biosca), a la construcción de versiones regionales de la narrativa histórica nacional (Núñez Seixas, Molina), al papel en la «reinención» de la tradición y el «folclore» de diversos museos o de Coros y Danzas (Núñez Seixas,

Schammah Gesser), o, en fin, a la relevancia de las ruinas y espacios de memoria de la guerra civil en los discursos de los nacionalismos franquistas (Stéphane Michonneau y Vicente Sánchez-Biosca). En conjunto, el análisis de todas estas dimensiones hace de esta una obra imprescindible para una mejor comprensión tanto de las especificidades y conflictos de los complejos procesos de construcción de los imaginarios y representaciones de España bajo el franquismo, como de los canales y factores que contribuyeron a difundirlos socialmente, aportando asimismo interesantes hipótesis sobre los éxitos y fracasos del ambicioso proyecto de nacionalización impulsado por la dictadura, muchas de las cuales, sin embargo, deberán ser confirmadas o matizadas en sucesivas investigaciones.

---

Carlos Fuertes Muñoz

Universitat de València  
carlos.fuertes@uv.es

PRADES PLAZA, Sara: *España y su historia. La generación de 1948*, Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, 2014, 392 págs., ISBN: 974-84-15443-56-8.

El tema del libro *España y su historia. La generación de 1948*, de Sara Prades Plaza lo podríamos situar en el ámbito de la llamada «política de la historia». Prologado por Ismael Saz Campos, es un estudio sobre historiografía, cultura política y discursos sobre el pasado en la España franquista de los años 40 y 50. No es este desde luego un tema novedoso ni es necesario que lo sea. Desde hace tres décadas aproximadamente, pero sobre todo en los últimos diez años, tanto especialistas como auto-

res ocasionales han reparado de modo creciente en que para estudiar la historiografía española del siglo XX —su proceso de modernización y difusión de los 50 hasta el presente— se requiere dilucidar el problema previo de los efectos de la Guerra Civil sobre las obras de historia, los historiadores y la cultura españolas. Y han puesto manos a la obra desde entonces. No quiere esto decir, por supuesto, que no sea necesario y conveniente el conocimiento de la historiografía anterior a la Guerra

—defendemos aquí su conveniencia—; pero este tema, hoy bastante explorado, encierra una problemática distinta que apuntaba en otra dirección cuando comenzaron esta clase de estudios; a saber: al modo en que surgió la historiografía profesional española, y a qué instituciones y elementos de las culturas políticas debió sus primeros pasos. Al menos quien escribe estas líneas de reseña, cuando comenzó a investigar la historiografía española de postguerra hace tres décadas, se dio cuenta que había que emprender un arriesgado viaje siguiendo la citada ruta: primero estudiar la historiografía de postguerra, la crisis en la que esta se vio envuelta durante esos años, y después dirigirse al momento de surgimiento de la profesión de historiador en España para detectar algunos de sus rasgos específicos y observar en todo caso sus cambios y la situación en la que esta se hallaba en 1936.

Con la presente publicación, las investigaciones de Sara Prades sobre el discurso histórico y político del catolicismo integrista de la llamada «generación de 1948» se han hecho, con derecho propio, un hueco en los estudios de historia de la historiografía española. El terreno que pisa la autora es sólido, y sus datos precisos y contundentes. La exploración de casi una decena de fondos personales del Archivo General de la Universidad de Navarra más otros tantos archivos españoles y extranjeros, los estudios de historia política editados en las dos últimas décadas, y los trabajos de especialistas en historiografía y enseñanza de la historia, le aseguran un terreno firme donde moverse, y le eximen de un viaje tan azaroso como el antes mencionado, aunque acaso no le libran de un conocimiento más detallado de la historio-

grafía anterior a 1936 que el que aquí se ofrece.

De todas maneras, en *España y su historia* hemos echado de menos obras esenciales. La de Yolanda Blasco Gil y María Fernanda Mancebo, por su tema específico, es acaso una de las ausencias más llamativas: *Oposiciones y concursos a cátedra de historia en la Universidad de Franco, 1939-1950*, Valencia, 2010. De nuestra bibliografía sobre el tema, la autora parece haber ignorado todo lo que hemos publicado sobre el tema en los últimos diez años, particularmente los capítulos 3 y 4 de *Apologia and Criticism: Historians and the History of Spain, 1500-2000* (Bern, 2010).

La autora se maneja, no obstante, en un terreno pujante como el de las culturas políticas. De él extrae el concepto de generación que usa, y gracias a él logra dar a la obra una unidad impecable, con una sugerente hipótesis que podría resumirse del siguiente modo: en un periodo (los años 40 y 50) en el que el franquismo estuvo atravesado por luchas decisivas entre monárquicos, falangistas y católicos de varias familias, tanto integristas como más integradores, las «instituciones historiográficas» se convirtieron en caja de resonancia de ese mosaico de culturas políticas, y los historiadores e intelectuales que giraron en torno a «la generación de 1948» lo representaron a la perfección. Sin embargo, el problema es cómo ocurrió este proceso; pues es a la hora de desarrollar esta hipótesis donde se observa la dificultad del tema y la tentación de simplificar demasiado; sobre todo en el capítulo primero del presente libro, cuando la autora hace un repaso por la historiografía española de las dos primeras décadas del franquismo (pp. 76-92).

Si entendemos por historiografía una noción amplia que abarca no solo la investigación histórica, sino también diversos usos y representaciones del pasado, hasta llegar a la categoría del panegírico y la propaganda, enseguida nos damos cuenta de que la relación entre cultura política y profesión de historiador es más compleja de lo que parece y el tema hubiera merecido una reflexión de conjunto que no hallamos en este libro.

No siempre, contra lo que se cree, la dependencia del trabajo historiográfico hacia la cultura política conduce al «abuso de la historia». No olvidemos que el principal logro de la profesión de historiador, del XIX para acá, ha sido el hallazgo de espacios de investigación, discusión intelectual y libertad de expresión, reconocidos política y socialmente; esto es, la adquisición de una autonomía respecto del poder político —pero también un reconocimiento de este— que apenas tiene precedentes en el pasado. Las culturas políticas por su parte, a través de las memorias políticas y los usos del pasado, desde el siglo XIX han podido aportar estímulos a la investigación, y estos surtir a su vez efectos beneficiosos, que han revertido en la modernización de la propia historiografía; pero esto ha ocurrido solo cuando la formación del historiador y las condiciones en las que este trabaja (tipo de obra histórica, marco institucional, acceso a archivos, «marco censorio», etc.) lo han facilitado. En los años de la posguerra española, el equilibrio entre el trabajo historiográfico y la cultura política se deterioró extraordinariamente: de un lado el envejecimiento de los historiadores de anteguerra, la Guerra y el exilio dejaron al colectivo sin sus mejores exponentes o estos se vieron marginados, un

vacío ocupado por una caterva de personajes muchos de los cuales aprendieron a ser verdaderos historiadores después de hacerse catedráticos, y no al contrario; de otro, el intervencionismo franquista sobre la cultura acabó de hacer el resto. El resultado es que la profesión historiográfica fue reconstruida casi desde sus bases: comenzó lentamente a adaptarse a los cambios sociales y culturales, pero arrastró a cambio un lastre de propaganda política, de memoria del franquismo proveniente de la Guerra y la postguerra (nacionalcatolicismo incluido), que tardó en diluirse y ocasionó enormes prejuicios. Esa pérdida de lastre político tuvo muchos matices, ocurrió en unas áreas más rápido que en otras, y en unos géneros antes que en otros, sin que faltaran por supuesto, ni siquiera en la postguerra, «autores independientes». Ahora bien, en los casos donde la memoria política fue más patente, como en los estudios de historia contemporánea, ese lastre se sintió prácticamente hasta en los años del tardofranquismo —recordemos aquí cómo, en el tema de la Guerra Civil, a finales de los 60 apareció una «escuela neo-franquista» que adaptaba la memoria del franquismo a la historiografía y que se prolongó durante la Transición (Ricardo de la Cierva, Vicente Palacio Atard, etc.)—.

El repaso que hace la autora por la historiografía de los años del primer franquismo es, decíamos, más simplista de lo debido (en la enumeración de obras y autores de pp. 180-182, se detectan además varios errores, entre ellos el que convierte al profesor del Brooklyn College Maír José Benardete en «María J. Benardette»). Pero llama igualmente la atención el que la autora despache la historiografía anterior a la Guerra con la muletilla fácil de «posi-

tivista» (p. 77). ¿Cuál es la relación entre instituciones como el Centro de Estudios Históricos —o los historiadores profesionales de la época— y las culturas políticas del momento? La respuesta no la encontrará la autora en el término «positivista», que se refiere a un interés por las fuentes y los archivos profesionalizado en la segunda mitad del XIX y asumido por los autores franquistas. Tampoco la hallará en la existencia de una relación unívoca entre partidos e ideologías, de un lado, e historiadores de otros. La respuesta la encontrará acaso en la visión regeneracionista de la historia de España, en el interés por una «historia de la civilización española» (¿cómo calificar globalmente si no lo que pretendía el Centro de Estudios Históricos?) que rechazaba tanto la leyenda negra como la leyenda rosa; es decir, la denigración pero también la apología, y que estaba edificada sobre un sustrato decimonónico previo. El rasgo principal de este sustrato no es otro que el de la «nacionalización» de los principales monarcas y héroes del pasado, y de la cultura española, que autores del XIX, de Lafuente a Menéndez Pelayo y de Martínez de la Rosa a Cánovas, llevaron a cabo. De haber atendido mejor a la historiografía anterior a 1936 la autora habría observado que algunos temas históricos de las páginas de *Arbor* (los godos, Fernando el Católico, etc.) tienen notables antecedentes.

La parte más sólida de *España y su historia* la constituyen sin duda los capítulos dedicados a la «generación de 1948» y a sus contactos, narrativas históricas, ideas políticas, y deudas con el tradicionalismo de anteguerra. Allí el lector hallará dibujado un grupo extraordinariamente activo y ambicioso, siempre dispuesto a buscar aliados en la

política y la cultura; un colectivo, asociado al Opus Dei que se movió en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas no sin fricciones con la dirección, que no se conformó con controlar su principal revista, *Arbor*, y que fue diluyéndose entre 1953 y finales de la década. La afición del grupo a la historia, sobre todo moderna y contemporánea, y su apego a ciertos conceptos políticos y tradiciones fueron esenciales para mostrar una imagen actualizada del nacionalcatolicismo, que sirviese a la política franquista y al objetivo trazado de «recatolización» de España y Europa.

No estamos seguros, sin embargo, de que el término «generación de 1948» sea el más apropiado para ilustrar la estrategia política que subyacía al citado grupo y a sus actividades. «Generación de 1948» parece una expresión adecuada para un título brillante, pero como concepto tiende indefectiblemente a exagerar la importancia de la citada revista *Arbor* —el valor historiográfico y la coherencia de sus narrativas históricas incluso—, la cual no debería «medirse» únicamente con las publicaciones coetáneas de la España franquista, sino también inscribirse en el contexto de la historia cultural española del siglo XX, lo que incluye por supuesto a la cultura del exilio.

De hecho el término «generación», pese a ser una expresión surgida y utilizada para examinar la historia intelectual y cultural, no puede evitar su rasgo originario, su componente de autorreferencia y/o memoria política. En el presente caso, el modo que fue acuñado el término «generación de 1948» y sus objetivos deberían de haber bastado para detectar los equívocos que se derivan del mismo y ponerlo en cuarentena. «Generación de 1948» fue una ex-

presión inventada *ad hoc* por Calvo Serer a modo de programa político-cultural del citado catolicismo integrista de vocación europeísta, proyecto altamente excluyente y desdeñoso de la cultura del exilio y de las tradiciones liberales españolas, que solo atendió a las corrientes europeas más conservadoras (no, por cierto, las más importantes en los años cincuenta), y que se declaró incondicional del llamado «mito de la cruzada de Franco». Cabe preguntarse si, contra lo que creyeron algunos autores, la Guerra Civil no liquidó durante décadas la posibilidad de convertir el

término generación en una verdadera categoría de análisis histórico de la cultura española contemporánea.

Concluimos la reseña recomendando la lectura de *España y su historia*. Con sus aciertos y limitaciones, el interesado en las culturas del franquismo y en la historiografía hallará en este libro un trabajo riguroso y amplio, que ha sabido examinar de un golpe un tema sobre el que ya se había escrito, pero cuyos datos y referentes andaban dispersos, no suficientemente contextualizados y/o necesitados de mayor profundización.

---

Gonzalo Pasamar

Universidad de Zaragoza  
gpasamar@unizar.es

**QUAGGIO, Giulia: *Cultura en Transición. Reconciliación y política cultural en España, 1976-1986*, Madrid, Alianza, 2014, 370 págs., ISBN: 978-84-206-8369-0.**

No se trata de un libro más sobre la Transición sino de una investigación concienzuda y sólidamente documentada en la que se explica la gestión que los sucesivos gobiernos hicieron de la cultura en la década que la autora, Giulia Quaggio, acota entre 1976 y 1986. El objetivo de analizar el proceso democratizador desde la perspectiva de la cultura es novedoso. Además lo desarrolla con una muy loable claridad estilística y con serenidad interpretativa, pues ni cae en la beatificación del modelo de transición ni tampoco en la denostación anacrónica de aquellos años como causa de los males del presente. Al contrario, la autora reflexiona con ecuanimidad sobre el empeño colectivo de una sociedad que exploró los caminos para alcanzar una reconcilia-

ción que permitiera abrir un futuro de convivencia democrática. En concreto, se desentraña el papel que desplegaron tanto los máximos responsables gubernamentales de las distintas políticas culturales como también los artistas, creadores e intelectuales pues se crearon nuevas instituciones culturales, se propagaron nuevos modelos de creación artística y también se programaron las conmemoraciones y recursos que arroparon los nuevos valores democráticos. Con todas las dificultades propias de un Estado cuyos anclajes en los modos y poderes amasados durante cuarenta años de dictadura no eran fáciles de desmontar ni de obviar.

Se aborda así, en sucesivos capítulos, la relación entre Estado y cultura y dedica especial atención tanto a las

inercias procedentes de la larga dictadura como a las novedades que irrumpieron al abrirse las compuertas de la libertad. Se identifica con la tesis de José Carlos Mainer para quien aquellos años no sólo se definen «una cultura de la Transición» sino también como «una Transición vivida como cultura». Así fue, y en aquellos años la cultura, entendida en sentido amplio, se convirtió en el baremo para medir la superación de la dictadura, por supuesto, pero también para comprobar la creciente conquista de libertades. En este sentido, no se explica por qué en el título figura el año 1976 como hito inicial de ese proceso cuando su estudio se remonta a 1966 y dedica el capítulo primero, de más de 50 páginas, a la política cultural de Fraga y de Cabanillas, a los teleclubs y a los avatares que ambos políticos protagonizaron desde 1966 a 1976. Es el capítulo de mayor fragilidad explicativa ya que pareciera que la autora situara en el ministerio de aquellos dos políticos franquistas el arranque a la Transición democrática, aunque no sea esa su intención, pero el hecho es que en ese capítulo se reduce la cultura a las medidas que tomaba no todo el Estado sino solo el ministerio de Información y Turismo, con sus diversas direcciones generales o departamentos de propaganda, educación popular, consejo de cinematografía, teatro, etc.

Es cierto que la autora no deja de recordar que se trataba de una dictadura que entre 1970 y 1975 decretó siete veces el «estado de excepción», una paradoja conceptual pues toda la dictadura era en sí misma un «estado de excepción» pero esa artimaña legal servía para reforzar la arbitrariedad política, recurrir a la censura previa y a la represión de todo atisbo de disidencia cultural. Por eso resulta chocante la

importancia que la autora le concede a la organización de teleclubs por los pueblos de España desde el Ministerio de Información y Turismo. No sólo fueron ineficaces y no significaron nada en el cambio cultural de la sociedad española sino que, precisamente por su arrumbamiento en la práctica diaria y su obsolescencia inmediata quizás sean la prueba de que aquel ministerio no tuvo el protagonismo que la autora le atribuye en este libro.

Probablemente sea el protagonismo concedido a tal ministerio el punto de desajuste metodológico que desequilibra la investigación de Giulia Quaggio. Se ha centrado en exceso en el relato de los cambios y decisiones que tomaron los responsables de aquel ministerio, primero llamado de Información y Turismo y luego de Cultura, desde el 4 de julio de 1977. Así, tras ese primer capítulo dedicado a las muy angostas y limitadas maniobras de las sucesivas cúpulas dirigentes del ministerio entre los años 1966 y 1976, se desarrollan cuatro capítulos en los que respectivamente se detallan las decisiones, medidas y programas de las cúpulas del Ministerio de Cultura desde 1977 hasta 1986. Primero, la etapa de reabsorción de las instituciones franquistas dentro del nuevo Ministerio de Cultura, entre 1977 y 1982, con los consiguientes equilibrios en un proceso cuyos contenidos democráticos se definían y construían en una dialéctica de improvisación constante conforme se dismantelaban o se reorganizaban las instituciones de la dictadura. Fueron sobre todo los años de la UCD, un partido político que en sí mismo se componía de fuerzas de muy diverso calibre y aspiraciones, unidas por la oportunidad del poder catalizado en torno a la figura de Adolfo Suárez.

A esos años dedica tres capítulos y el cuarto y último sobre todo trata la política cultural del PSOE, titulado como años de «beatería artística» y cuyo protagonismo se personaliza en Javier Solana al que aplica el apelativo de «sonrisa» del PSOE. Y es que en todos los capítulos existe un excesivo apego a la crónica de los eventos que protagonizaron los altos cargos ministeriales, aunque la autora trata de contextualizarlos introduciendo, de cuando en cuando, algunas referencias de los conflictos sociales y políticos de cada coyuntura. Es cierto que esta investigación podría catalogarse como propia de una historia institucional, pero con frecuencia no sobrepasa el nivel de un relato de las decisiones, actuaciones y hechos y programaciones que protagonizaron un puñado de persona (la cúpula ministerial y un reducida élite de creadores), como si la cultura en sentido amplio, que dice la autora que investiga, se concentrase en la muy reducida nómina de personajes políticos y de artistas renombrados que ocupan los sucesivos capítulos.

No es extraño, por tanto, que, por ejemplo, se realice un balance del ministerio de Solana tan contradictorio como ambiguo. Ese balance también parece ser la conclusión del libro. Por un lado, considera indiscutible que «España, a finales de los años ochenta, era un país irreconocible visto desde la perspectiva de apenas diez años antes... debida, en gran parte, a las innovaciones culturales introducidas por los socialistas». Por otro lado, sin embargo, y es su definitiva conclusión, pues con ella cierra el libro, afirma de modo tan confuso como etéreo que «esa dimensión efímera y toda ella volcada hacia el futuro de una transición cultural no se articuló en torno a un debate profundo y plural

sobre la oferta del socialismo español y del antifranquismo» y, por tanto, al limitarse a «soluciones simbólica y pragmáticamente eficaces para su presente, debe ser vista como el coste, no libre de deudas, que España pagó para adquirir su modernidad».

Demasiados conceptos flotantes en tan barroca conclusión, pues ante todo habría que definir dos palabras claves como son las de «cultura» y «modernidad», también las de «socialismo», «innovación cultural»... por no exigirle a la autora a qué «costes» se refiere cuando afirma que España, así, como entelequia unitaria y compacta, pagó, no se sabe a quién, y además con «deudas» cuyos contenidos no se sabe de qué tipo son ni de qué cantidad o a quiénes se dejó de pagar... Los vocablos imprecisos o polisémicos y el modo más literario que científico no explican de ningún modo las realidades sociales aunque es cierto que, al ser esas realidades tan complejas, resulte más cómodo echar mano de palabras comodín, aunque sean más útiles para la prédica moral que para la comprensión científica.

Hubiera resultado más claro especificar que la investigación se limitaba al estudio de las políticas culturales de los sucesivos equipos ministeriales, nada más y nada menos, pero que ni eso explicaba el cambio cultural de la Transición ni ese cambio podía explicarse separando radicalmente la cultura de la educación, aunque ministerialmente estuviesen organizadas aparte. Baste recordar un dato muy revelador: si en 1940 estudiaban el bachillerato solo un 10% de jóvenes varones y un 5% de mujeres, sin embargo a la altura de 1970 lo cursaban casi la mitad de todos los jóvenes de ambos sexos por igual. Por eso, que la Ley General de

Educación de 1970 creara la EGB (Enseñanza General Básica) y la hiciera obligatoria hasta los 14 años no hacía sino ratificar una tendencia social en marcha. Ese cambio social que se reflejaba en el acceso a la educación de las mujeres y en la consiguiente erradicación del analfabetismo explica en gran medida el entramado de la transición cultural, pues la expansión de la EGB, por muy denostada que fuese en su momento, constituyó el soporte de un nivel educativo inédito en la historia de España y del amplio consumo cultural que la autora constata en los años ochenta bajo los gobiernos socialistas.

Por otra parte, al centrarse la investigación en la alta cultura y en los despachos ministeriales y en las élites artísticas, se reduce la geografía de la Transición cultural a la capital de España. Hubo, sin embargo, otros centros de poder cultural decisivos. Ante todo, los ayuntamientos democráticos establecidos con las elecciones de 1979, y no sólo el de Madrid con Tierno Galván y la movida, envoltura de celofán de una generación que ha sabido darse autobombo. Y en segundo lugar, desde 1983, la organización de las diecisiete Comunidades Autónomas con competencias plenas en materia cultural. Entre ayuntamientos y gobiernos autonómicos se creó una nueva geografía cultural que de ningún modo se puede reducir a la minoría legítimamente hedonista y creativa que trasnochaba en Madrid... Se impulsaron por toda España inversiones y programaciones culturales inéditas en la historia. Se crearon bibliotecas, teatros, museos, salas de conciertos, redes de grupos y asociaciones culturales de las que solo se cita en este libro el caso del «Cultural Albacete» que precisamente fue una consciente exportación de supuesta

«alta cultura» desde la capital a la periferia, aprovechando el complejo provinciano ante todo lo que llegaba de Madrid...

Aunque no caben todas las facetas de la cultura en una investigación, en este caso quizás lo lógico hubiera sido acotar el final de la investigación en la eclosión de fastos culturales de 1992, nunca mejor dicho lo de fastos pues fueron solemnidades esplendorosas la «Expo» de Sevilla, las Olimpiadas de Barcelona y la capitalidad cultural de Madrid. En todo caso, en el libro se subraya con acierto el papel político que, por ejemplo, desempeñó el arte para cicatrizar las heridas de la guerra y de la dictadura. Por eso, el cambio real se produjo en la década de 1980, cuando la izquierda llegó a los ayuntamientos democráticos (1979, en muchos de ellos se gobernó gracias al pacto del PSOE con el PCE), y luego los socialistas ganaron el gobierno central en 1982, y a los pocos meses catorce gobiernos autonómicos. Eran resultados electorales que expresaban una nueva mentalidad política y social, justo lo que abanderó el PSOE desde las instancias de poder cultural que ocupó durante una larga década por toda la geografía española.

En conclusión, el trabajo de Giulia Guaggio aporta el conocimiento de cómo las instituciones gubernamentales cambiaron sus decisiones y medidas culturales al compás del proceso de Transición a la democracia. Además, se subraya cómo desde la década de 1980 esas instituciones enarbolaban el pluralismo creativo y enfatizaron lo que se consideraba «cultura popular». De ese modo, la cultura se desarrolló como parte de los requerimientos que se le suponen a un Estado democrático y social. Por otra parte, la investigación

de Giulia Quaggio sienta las bases imprescindibles para desentrañar esa extensa geografía española en la que se expandió tanto la educación como la cultura. Es un mérito decisivo porque el valor de toda investigación está no solo en lo que aporta sino también en los derroteros que inaugura y en las

propuestas que lanza para el futuro de otras investigaciones. En este sentido, el libro de Giulia Quaggio estimula nuevos estudios para ampliar el conocimiento de los factores y claves explicativas del profundo cambio sociocultural desplegado en España desde la década de 1980.

---

*Juan Sisinio Pérez Garzón*  
Universidad de Castilla-La Mancha  
JuanSisinio.Perez@uclm.es